

LA SOBRIEDAD DEL GALÁPAGO

TEXTOS

Sara Mesa

ILUSTRACIONES

Mimi González



LA
SOBRIEDAD
DEL
GALÁPAGO

«PREMIOS DE CUENTOS ILUSTRADOS DIPUTACIÓN DE BADAJOZ»

—DUODÉCIMA EDICIÓN—

—2008—

—PREMIO MODALIDAD ADULTOS—



LA SOBRIEDAD DEL GALÁPAGO

TEXTOS:

Sara Mesa

ILUSTRACIONES:

Mimi González

La sobriedad del galápago

PREMIOS DE CUENTOS ILUSTRADOS DIPUTACIÓN DE BADAJOZ,
XI EDICIÓN, PREMIO MODALIDAD INFANTIL

© DE ESTA EDICIÓN
Diputación de Badajoz
Departamento de Publicaciones

© DE LOS TEXTOS Y LAS ILUSTRACIONES
Las autoras

Diseño y preimpresión
XXI Estudio Gráfico (Puebla de la Calzada)

Impresión y encuadernación
Imprenta Parejo (Villanueva de la Serena)

Depósito legal
BA-626-2008

I.S.B.N.
978-84-7796-177-2

*Los relatos de este libro
son como los dedos de un puño:
pueden considerarse por separado,
uno a uno, pero únicamente adquieren
toda su fuerza cuando se entrelazan.
La oscuridad resultante del conjunto
no ha sido buscada:
emana de estos relatos de forma natural,
como el humo nace del fuego,
o el calor del sol.*



[I]

Todo lleva al suicidio

página 13

[II]

Atlas Dr. Pez

página 39

[III]

La mantis cautiva

página 43

[IV]

Mistery shoppers

página 69

[V]

La sobriedad del galápagos

página 77

[VI]

Entomofagia

página 93

La propiedad es un robo.

PROUDHON

*Los ladrones tendrán tiempo
para descansar; los vigilantes, jamás.*

PROVERBIO JAPONÉS

Robar requiere buenos dedos, como tocar el violín.

FRANCISCO UMBRAL

*But now
we're today scrambles criatures,
locked in tomorrow's double feature
heaven's on the pillow, it's silence competes with hell.*

DAVID BOWIE, *We are the dead*

[I]

Todo lleva al suicidio

*Robar es el arco del deseo que, en una danza insumisa,
traza tu mano en el aire del centro comercial,
sin mediaciones: directo del estante a tu bolsillo.*

Tomado del ideario de Yomango

[1]

Lo cierto es que Rechi no quería para nada aquella chaqueta. Ni siquiera se la había probado; ignoraba si sería o no de su talla y, en el improbable caso de serlo, tampoco hubiera sabido qué utilidad podría tener una prenda tan elegante en un tipo como él, con sus hombros vencidos y flacos, los omóplatos picudos y el vientre inflamado de un pajarito hartado de cereales. En realidad, Rechi únicamente deseaba poseer la chaqueta como el alpinista que se propone subir a la cumbre de una montaña, o el jubilado que se matricula en la universidad, o el niño que atesora las estampas de un álbum: se trataba de una cuestión íntima, de un reto autoimpuesto, de esa pequeña y necesaria satisfacción del orgullo propio.

Al principio, la chaqueta se le había presentado como un cebo, sin que su voluntad hubiese intervenido en absoluto, sin tramar ni planear nada. Él había estado oteando como de costumbre en su ronda diaria; no se había fijado en ningún artículo en concreto. Entonces la vio: estaba colocada en un perchero, recién traída de la nueva temporada de invierno y, por el descuido de alguno de los dependientes, permanecía sin el clavo de la alarma, esa especie de enorme pezón blanco cargado de tinta añil.



Rechi pensó que únicamente tendría que cogerla con disimulo, ponérsela y echar a andar a la calle, sin mirar hacia atrás y sin remordimiento. Aquella oportunidad le parecía un regalo imprevisto de algún dios generoso, un auténtico milagro ante el que no podía fingirse ciego: la chaqueta costaba 720 euros y estaba allí, frente a sus narices, insinuándose libremente. Rechi estuvo rondando toda la mañana por la sección, esperando el momento en que la dependienta descuidase la vigilancia, pero había sido del todo imposible. La chica –una rubia con aire ratonil y los ojos saltones muy pintados– no había parado de atender a sus clientes, de charlar con las compañeras y de colocar, una y otra vez, las mismas prendas en los mismos anaqueles. Rechi observaba exasperado cada uno de sus movimientos, detestándola en todo lo que hacía. La única vez que se había ausentado dejó al cuidado de su sección a la chica de Ralph Lauren, una morena muy joven, casi adolescente, de gesto retraído. Rechi afinó sus antenas y estuvo pendiente, pero fue entonces cuando se dio cuenta de que la lente de una de las cámaras apuntaba hacia él. Para disimular, tuvo que marcharse al Starbucks un rato, donde se tomó un sándwich de bacon y pepino. Cuando al fin regresó, osado y testarudo, comprobó con disgusto que la chaqueta lucía en su lugar, pero ahora con el disuasorio clavo de la alarma prendido en la solapa, al modo de un emblema jactancioso y desafiante. Rechi maldijo su torpeza. Los que lo conocían de verdad, sabían que con fracasos como éste el maestro Rechi sufría intensamente; padecía un mal que era incapaz de explicar ni de compartir nunca –jamás– con nadie. Un dolor sin palabras, casi inhumano.

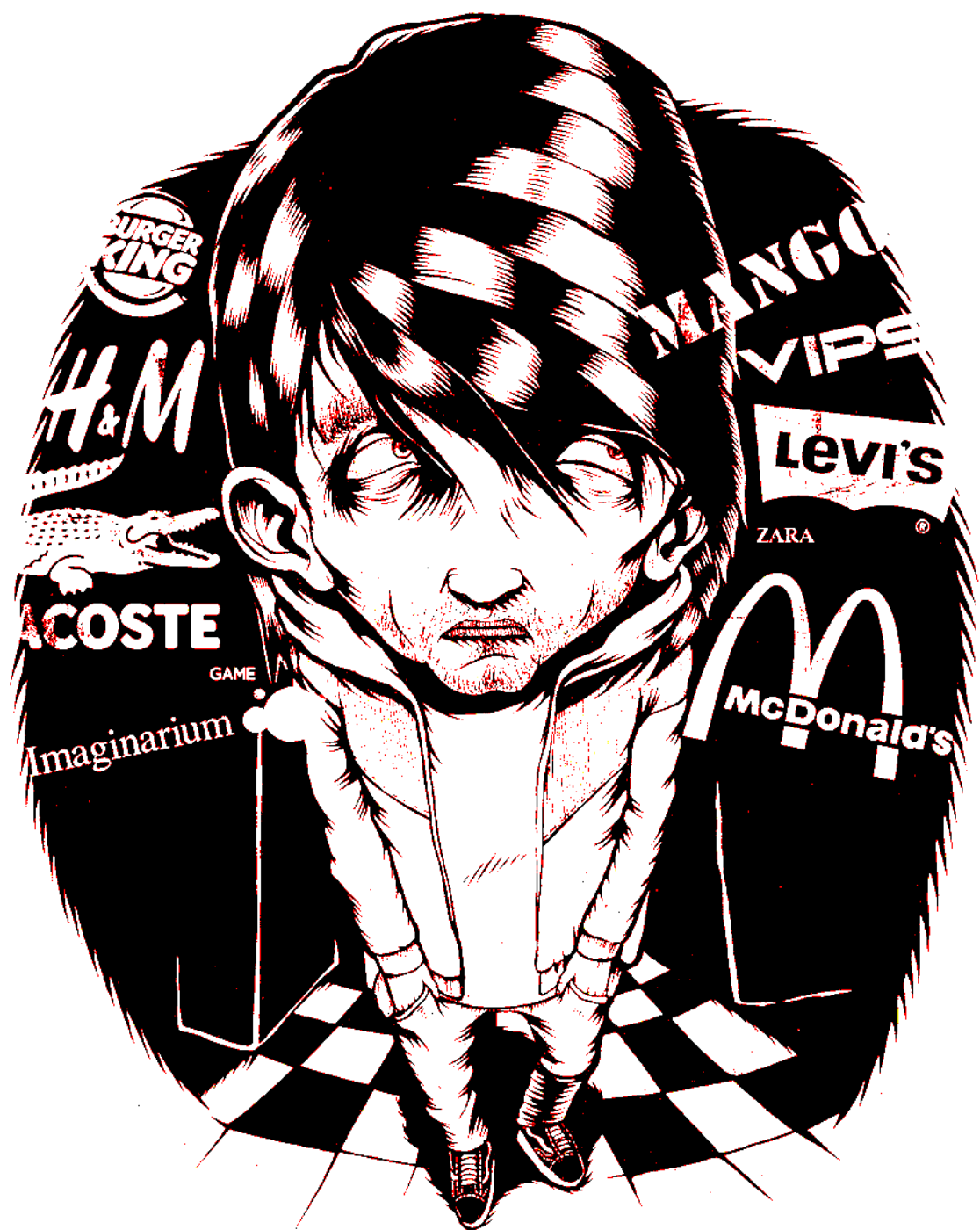
No era la primera vez que Rechi se atrevía a coger una prenda de marca con clavo. Podría repetirlo una vez más con la chaqueta: pillarla e intentar desprender la alarma en cualquier caja vacía; no era demasiado complicado para él. Pero había dejado pasar la oportunidad de conseguirla fácilmente –tal vez por un exceso de celo– y eso le irritaba. La chaqueta había perdido individualidad: ahora era como las demás, las otras seis o siete en el perchero, cada una con su clavo. Rechi jamás se permitía fallar. Fallaba alguna vez, claro está, pero nunca se enfrentaba con autoindulgencia a sus propios errores y, como mucho, los utilizaba para crear doctrina de lo que NO hay que hacer. Y le dolía equivocarse; se sentía morir con cada error. En todo caso –bien lo sabía– le iba la vida entera en aquello. Llevaba consagrados los últimos seis años de su existencia a la tarea de robar y sentía que era el mejor, el único que realmente había construido toda una filosofía en torno al robo. Se sentía el fundador de una sociedad secreta cuyos estrictos principios y normas inamovibles en realidad únicamente él respetaba. Se consideraba un elegido: EL ELEGIDO. Robaba por una cuestión de justicia, pero su visión del asunto nada tenía que ver con la de los alternativos del SCCPP, el llamado SABOTAJE CONTRA EL CAPITAL PASÁNDOLO PIPA, a los que consideraba una panda de diletantes sin cabeza. Su ideología al respecto era mucho más aristocrática. Robar no era democrático; aquellos que no tenían el talento ni la valentía para hacerlo formaban parte de la estúpida masa que hacía cola para pagar religiosamente un importe que, en la mayoría de los casos, no era más que otra forma de robo más brutal.

Pero a pesar de su elitismo, a Rechi no le gustaba estar solo. Reclutaba a los que él consideraba sus *discípulos* en aquel gigantesco centro comercial donde pasaba, infatigable, los días. Los buscaba entre los numerosos aficionados al robo y los pequeños e inexpertos hurtadores que rondaban por aquí y por allá como termitas. Escudriñaba en especial a tipos con personalidades débiles –pues no le interesaban los sabihondos que pudieran discutirle– y se acercaba a ellos con majestuosidad y grandilocuencia para explicarles sus profundas teorías sobre el amor a lo ajeno. Muchos de ellos se alejaban despectivos, pero otros permanecían allí, magnetizados por la sabiduría del maestro, y bebían de sus palabras incansablemente –o al menos, eso le parecía a él–. Rechi se sentía el líder espiritual de siete u ocho chicos, un grupo que abarcaba desde estudiantes timoratos hasta treinteañeros con alopecia. Aunque él pensaba que lo seguían a todas partes y le consultaban cada paso que dar, lo cierto es que cada uno de ellos iba por libre y únicamente consideraban al gran Rechi como un chiflado que –eso sí– se conocía al dedillo todas las técnicas y les hacía generosos regalos cada día. Dado que uno de los principios más inquebrantables de su ideario era la castidad, Rechi no había admitido ni a una sola mujer en sus proyectos. Para él, todo elemento femenino era pura comparsa, causa de distracción y disgregamiento.

[3]

Seis años atrás, Rechi había asistido al nacimiento del gigantesco centro comercial. Desde el día de la inauguración, con el alcalde y todos sus concejales rodeados de cámaras de televisión, se instaló allí definitivamente, como si de este modo cumpliese un destino ineludible. Cada día, incluidos los

domingos, llegaba a las diez de la mañana y no se marchaba antes de las once de la noche. A lo largo de todos aquellos años, había podido ver cómo el centro crecía y se expandía como un organismo que hubiese gozado de vida propia. Lo que inicialmente había sido una mole de hormigón, ladrillo, plástico y chapa, había acabado por convertirse en una nueva ciudad cercada por dos ramas de autovía en la que todo lo necesario para la felicidad estaba disponible: tiendas, restaurantes, farmacias y herboristerías, cibercafés, centros de ocio, selectas boutiques, gimnasios, supermercados, salas de cine, guarderías, jardines, agencias de contactos y hasta un hotel con un centenar de habitaciones. Si alguien conocía los pormenores de esta urbe de plástico y luces artificiales, su respiración y sus ritos, sus reglas de funcionamiento, sus corrientes visibles y sus corrientes subterráneas; si alguien podía intuir los tejemanejes, escándalos, proyectos de ampliaciones, demoliciones y cambios que se urdían; si alguien había elaborado un registro cabal de los nombres, rostros, capacidades y puntos flacos del personal de cada uno de los departamentos, almacenes y establecimientos; si, en definitiva, alguien se movía como pez en el agua en aquel ciclópeo, seductor y poderoso centro comercial, ése era, sin duda, Rechi. Por ello, no había ladrón más capaz que él para robar una chaqueta de Armani que costaba 720 euros. Rechi sabía que se haría con ella a pesar de que al fin una cabecita alerta le hubiese colocado su clavo, de que al menos tres cámaras rodearan como ojos escrutadores la sección y de que Julia Lombo, la dependienta rubia y eficaz, no cesase en mantener hasta el extremo su diligencia mal pagada de impasibles ojos prominentes. Rechi sentía que la chaqueta tenía escrito su nombre.



Julia era un reciente fichaje de la *Luxury&Trendy*, la cadena de firmas internacionales de moda impagable. Rechi aún no la conocía bien y no podía fiarse de sus reacciones, así que reconsideró sus métodos y sus posibilidades y comenzó a trazar planes para dar el golpe certero cuando fuese preciso. Lo haría sin prisas, se dijo, intentando atenerse a su estricto código de buena conducta, que se recitó a sí mismo, una vez más, por lo bajo y de memoria. El corazón le palpitaba como si fuese un motor ajeno a su cuerpo, doloroso y atormentado, mientras balbuceaba por los pasillos brillantes y coloridos, arriba y abajo, sorteando a las patinadoras, los puestos de helados y golosinas y los repartidores de folletos de los stands publicitarios.

[4]

- 1 *PERSEVERANCIA. Nunca hay que dejar de abordar una empresa por cansancio o por miedo. Cada uno debe actuar de acuerdo a sus capacidades: si uno cree que únicamente sirve para robar chicles, se limitará a los chicles, pero una vez establecido un objetivo, no es posible rendirse; hay que perseguirlo hasta el final.*
- 2 *ESFUERZO. Para obtener éxito, hay que emplear todos los medios necesarios, sin exceptuar los que puedan resultar difíciles o incómodos, y esto es así incluso aunque el objetivo no se corresponda en valor con los medios empleados. Así, si uno necesita dedicar toda la mañana para pillarse un simple cepillo de dientes, la empleará sin dudarle, tenazmente, gastando cada uno de sus minutos y sus horas en tal empeño.*
- 3 *GENEROSIDAD. El producto obtenido del robo pasa a ser bien común de toda la sociedad; aunque en realidad cada miembro sea libre de quedarse para sí lo robado o de regalarlo a otros, sin que medien entre nosotros presiones ni sobornos. Rechi, como autoridad intelectual de esta sociedad, se adjudica a sí mismo el*

compromiso de ser el más dadivoso de todos, lo que le supone entregar a los demás aproximadamente el 30% de lo conseguido en cada jornada.

- 4 *ORDEN. Cumplir la obligación de registrar regularmente todos los logros y fracasos, con el fin de informar de ellos con puntualidad y contribuir al perfeccionamiento del grupo.*

Rechi se detuvo a coger aire junto a un tiovivo luminoso con música estridente. ¿Estaban cumpliendo sus discípulos este compromiso? Él creía que no, salvo Daniel Cruces, que era sin duda el más honesto y capaz de todos ellos. En este punto, Rechi era especialmente estricto. Necesitaba saber el importe final de lo robado, el tiempo empleado para ello –a poder ser contabilizado en minutos–, la proveniencia del material birlado –nombre de la tienda y sección; emplazamiento del producto–, las características de los impedimentos vencidos –incluyendo al personal, a los vigilantes identificados y de incógnito y a las cámaras de supervisión–, los tipos de alarmas, si las hubiere –clavos, etiquetas, códigos de barras, filamentos pseudoinvisibles– y los procedimientos empleados –utilización de ropa o bolsas para disimular, imanes, pegatinas, alicates, tijeras u otros artilugios para invalidar las alarmas–, así como una autoevaluación, en una escala del cero al diez, del grado de satisfacción obtenido tras el proceso. Evidentemente, no todos sus seguidores estaban siendo lo exhaustivos que él hubiera deseado. Rechi se mordió los labios. Se sentía cansado. Aún quedaban por repasar los demás principios, que enumeró rápidamente, por aquello de la perseverancia:

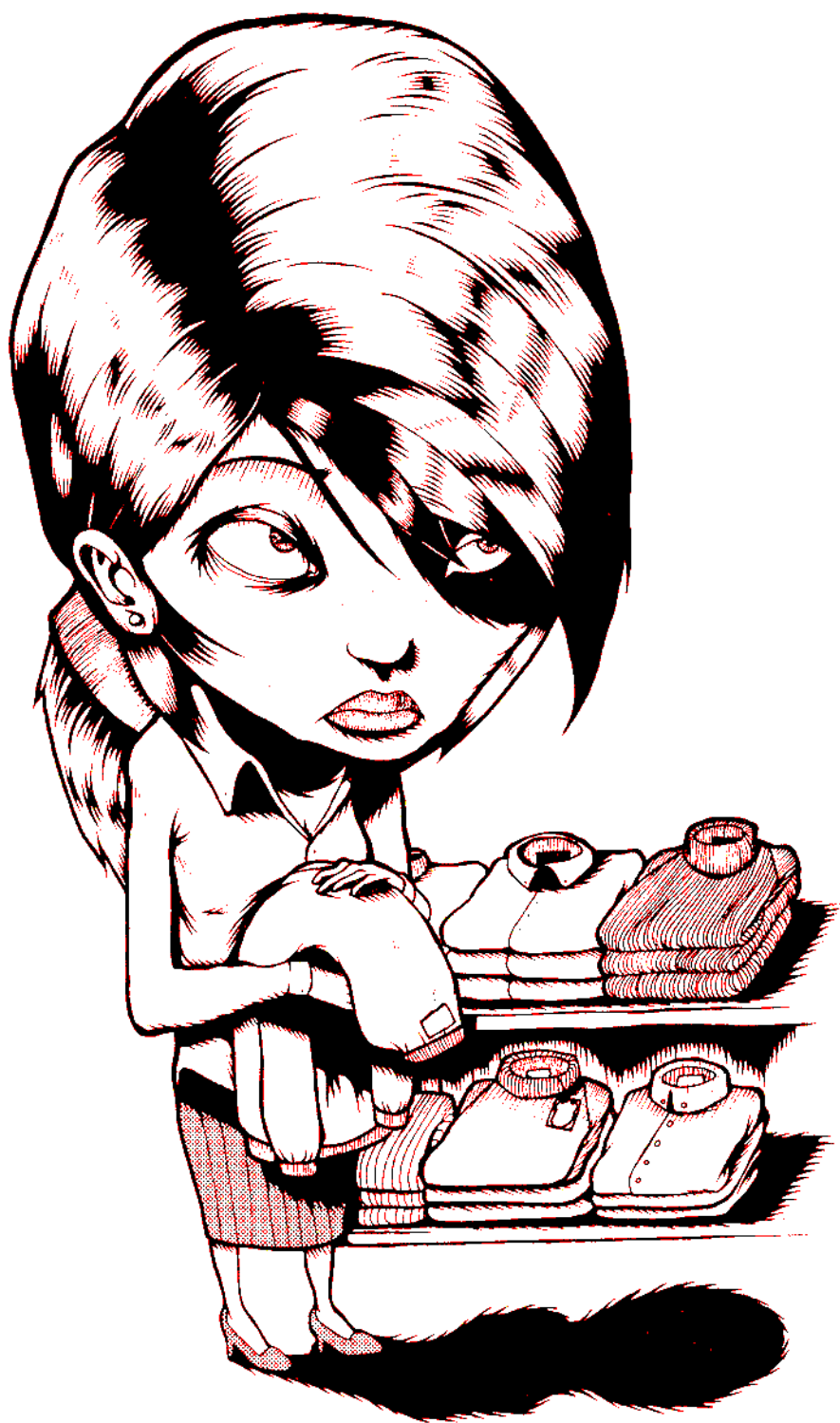
- 5 *CASTIDAD. Nada que nos distraiga; no hay nada bueno en ellas.*

- 6 *CULTIVO PERSONAL. Huimos del aspecto zarrapastroso del ladrón común y del vacío moral que infesta a la sociedad contemporánea.*

- 7 *INDIVIDUALISMO. Pues no existe la amistad; somos mónadas que giran y chocan aleatoriamente; nunca robamos en grupo ni en parejas.*
- 8 *VALOR DE LA PALABRA DADA. Nada de charlatanería barata; hablamos siempre conscientes del peso de cada palabra que se vierte.*
- 9 *PRUDENCIA. Pues ser valientes no significa no medir y calibrar todos los riesgos.*
- 10 *TODO LLEVA AL SUICIDIO. Nada nos quedará después de todo; el ocaso vendrá cuando nosotros mismos elijamos que venga; la muerte jamás debe quedar sujeta a contingencia alguna.*

Suspiró aliviado. Había terminado.

Rechi deshizo su camino nerviosamente y volvió a la sección a tiempo de ver cómo Julia Lombo recogía sus cosas. Se dispuso a seguirla hasta la calle. Sería interesante ver cómo se movía fuera de allí, para así ir conociéndola mejor, profundizando en la rutina de su insignificante personita. En ella, al fin y al cabo, se escondía la clave. Julia hacía el turno de mañana y Rechi sabía bien que era entonces cuando podría conseguir la chaqueta; por la tarde se duplicaba el personal en previsión de la mayor afluencia de clientes y todas las secciones de la *Luxury&Trendy* se convertían en bastiones inexpugnables. Haría falta prudencia, diligencia, perseverancia –se decía mientras caminaba, casi en estado hipnótico, tras Julia– y esfuerzo y valor de la palabra dada y todo lo demás, y sobre todo castidad, castidad, castidad y castidad; habría que repetirlo. Al fin y al cabo, tenía que admitir que Julia, vista por detrás, era increíble.



Embriagado, terminó por perderla de vista en la planta tercera del parking. La luz plomiza del subsuelo sumió a Rechi en una tristeza profunda y desconcertante. Se apoyó en uno de los pilares y sintió vértigo. En su cabeza retumbaba el eco de la megafonía. Alguien llamaba a los padres de alguien. El propio Rechi se sintió perdido y desamparado, pero luego reunió fuerzas y siguió adelante.

[5]

Los días siguientes Rechi estuvo rondando la sección, pero Julia cumplía tan tenazmente su papel de custodiadora del lujo que no pudo hacer nada salvo convertirse en una presencia sospechosa. Su apelación a la sensatez le hizo ver que debía alejarse de allí por un tiempo, pero mientras estaba confinado en aquella renuncia voluntaria quiso lanzar en una incursión experimental a su más querido discípulo, Daniel Cruces, que -aunque todavía inexperto- destacaba por acometer toda tarea con un entusiasmo ferviente. Rechi lo animó a hacerse con una bufanda. Para ello, le explicó cómo él se acababa de llevar un par de guantes de piel, dos frascos de colonia de 200 mililitros, un paraguas y una camisa, todo de marcas de la *Luxury&Trendy* -y era rigurosamente cierto que lo había conseguido-. Daniel Cruces se había animado a intentarlo, pero fracasó estrepitosamente. Según le contó después, Julia Lombo se había percatado enseguida de sus intenciones y, sorprendentemente, lo había encubierto frente a uno de los vigilantes de seguridad. Todo aquello le indicaba a Rechi varias cosas: primero, que robar con una como Julia era mucho más difícil de lo habitual; segundo, que las cámaras en aquella sección no habían sido dispuestas como un mero objeto disuasorio, sino que un par de ojos reales estaban siempre tras ellas; y tercero, que debía esperar un poco más de tiempo antes de probar suerte con la chaque-

ta, pues el estropicio de Daniel Cruces habría puesto sobre aviso al sistema de vigilancia de toda aquella zona, comenzando por la propia Julia, de por sí tan exasperantemente precavida.

A pesar de la torpeza de Daniel, Rechi no hubiera podido enemistarse con él bajo ningún concepto. Sentía una profunda simpatía por aquel chico. Tímido hasta el extremo y con un complejo de Edipo galopante –que se acrecentaba día a día a causa del profundo mutismo de una madre distante y neurótica–, Daniel Cruces poseía un talento natural cuyos límites él mismo desconocía. Le faltaban conocimientos precisos y experiencia, pero su visión científica de la naturaleza era de una coherencia pasmosa. Para él, todos los elementos vivos o inertes generaban energías valiosísimas que podían aprovecharse para los objetivos más dispares; el universo se explicaba mediante círculos concéntricos y el gran reto era, en realidad, aislar el eje, la yema, la médula del infinito; los componentes contrarios terminaban siempre por unirse en una realidad única e inquebrantable. Rechi y Daniel Cruces sostenían a menudo largas discusiones, en las que intercambiaban elaboradas teorías sobre el cosmos, pero jamás llegaban a conclusión alguna.

Poco después de su fracaso con la bufanda, Daniel Cruces se había entusiasmado como un niño con una mantis religiosa que mantenía encerrada en un bote de Nescafé. Rechi ignoraba con qué propósito la conservaba, pero sabía que, cualquiera que fuese este motivo, había de tener un sentido de innegable utilidad –aunque, como siempre sucedía, los planes de Daniel Cruces nunca terminasen de cumplirse tal como él los había imaginado–. Rechi se hizo con una bolsa de arena para terrarios en la tienda de animales del centro comercial –tercera plan-

ta, junto a la tintorería- y le regaló también dos libros sobre insectos que Daniel Cruces agradeció como de costumbre, con la mirada baja y el aire ausente.

[6]

Rechi sabía que el día último, el del suicidio, Daniel Cruces sería el único que lo acompañaría. Nunca lo habían planteado en esos términos, pero Rechi intuía que bastaría una llamada para tenerlo a sus pies, incondicional como un perro. Rechi era consciente de que no podría contar con ninguno de los otros: Marcelo Martín era todavía demasiado inmaduro, puro nervio; Silvio Ferri siempre fue, en el fondo, un cobarde; los hermanos Gómez Terrero no dejaban de comportarse como unos insurgentes en proceso de formación –Rechi auguraba, con acierto, que no tardarían mucho en pasarse a las filas del SCCPP–; el pequeño Eduardín era incapaz de dar un solo paso por sí mismo; Tomás Leo, en cambio, era incapaz de dar un solo paso en compañía de nadie; Leonardo Mesa, por último, parecía estar iniciándose en un misticismo que Rechi no conseguía ni pretendía entender. Así que, aunque aún parecía lejana, la idea de contar en su final con Daniel Cruces, el único compañero posible, lo reconfortaba.

En los días previos al robo de la chaqueta, Rechi se había afe-rrado a este pensamiento con frecuencia. Le daba fuerzas para continuar con sus planes. Dormía poco y mal y tenía pesadillas en las que grupos de uniformados –siempre de rojo– lo cercaban y le aporreaban con bates de béisbol en la cara. También soñaba con cristales rotos, con cucarachas, con retretes atasca-dos y lavabos que rebosaban lodo, con carreteras solitarias y con incendios de llamas azules y naranjas, hermosísimas. Estas

imágenes lo habían acompañado siempre –con una fidelidad temible– en los momentos de sus peores crisis, aquellas épocas de dolor que no sabía traducir en palabras. Formaban su particular cinematografía del terror.

[7]

En el tiempo de espera hacia la chaqueta, Rechi no paró de robar ni un solo día. El centro comercial era una cantera inagotable de posibilidades; siempre había estímulos que seguir, nuevos retos, ideas geniales. Con la fiebre de la chaqueta se hizo con una gran cantidad de artículos de valor; algunos los vendió muy fácilmente y otros los regaló entre sus discípulos. Paradójicamente, lo pillaron en el Vips con el botín más magro: un par de libros, un despertador digital de plástico y un puñado de chocolatinas desperdigadas entre los bolsillos de su gabardina. Rechi enseñó su carnet, dio un teléfono falso y escuchó, con aire contraído, la típica monserga displicente sobre la necesidad de crecer y prosperar –que ya no era un chaval, que tenía que aprender a ganarse la vida como un hombre de pro, etc.

- En realidad, yo querría ser como tú –dijo Rechi alzando la vista hacia el vigilante–, pero no he tenido oportunidades en la vida.
- Todo el mundo tiene oportunidades si las busca, créeme –contestó el vigilante. Tenía una expresión profunda y triste y debía de tener más o menos la misma edad que Rechi.
- Yo no quiero robar –adujo Rechi con los ojos brillosos–, a lo mejor es que estoy enfermo.



El vigilante lo midió con una mirada compasiva y le dejó ir sin más reprimenda. Rechi sintió un leve malestar; el vigilante no parecía ser una mala persona. Tal vez no había sido necesario burlarse de aquel tipo; otro cualquiera se habría endurecido más ante su ridícula actuación. De todos modos, volvería al Vips a robar la semana siguiente; para entonces era probable que a su misericordioso cazaladrones lo hubiesen largado a la calle, con su contrato semanal más que vencido. Mientras tanto, había otros muchos sitios donde ir. Los días eran largos y empezaba la época de rebajas; la gente llegaba en tropeles exultantes y los sistemas de medición instalados en las puertas de *welcome* contaban por miles los visitantes cada día. Los cambios de etiquetación de las prendas, unidos a la llegada de nuevas hornadas de artículos, formaban tal tumulto que Rechi pensó que al fin se acercaba el momento de intentar hacerse con la chaqueta.

[8]

Pero Julia Lombo seguía en su puesto, implacable. Los descuentos invernales habían llegado hasta para Armani –la chaqueta bajó a 490 euros– pero ella no rebajaba ni un ápice su vigilancia. Rechi se acercó al perchero una tarde, cuando Julia no estaba, y descolgó la chaqueta, una cualquiera, únicamente para tenerla entre sus manos. Enseguida vino hacia él una dependienta, carnosa y madura, batiendo sus pestañas. Aunque parecía menos diligente que Julia, Rechi sabía que no convenía ser demasiado osado. Si bien Julia se comportaba como un hueso duro de roer, era preferible intentarlo por la mañana que arriesgarse innecesariamente por la tarde. Ser pillado con un artículo de tanto valor suponía ser procesado de inmediato, llevado a juicio, sancionado e incluso encarcelado. Uno podía

exponerse por un bote de champú, pero nunca por nada procedente de la *Luxury&Trendy*.

— Es una gran oferta, caballero -dijo la rolliza.

— Sí, eso creo -afirmó Rechi, y la colocó de nuevo en el perchero.

Ella sonrió con gesto de desprecio y Rechi se marchó embelesado. El tacto de la tela le había conducido a una especie de éxtasis difícil de explicar. Por otro lado, confirmaba el peliagudo acceso a la prenda. Sobre el perchero lucía la lente de una de las cámaras y alrededor no había ningún recodo donde esconder nada. Pero aquella noche Rechi trazó su plan definitivo.

[9]

Amaneció lluvioso. Rechi cruzó el aparcamiento bajo un paraguas plegable, que se curvaba continuamente con la ventisca. Andaba convencido, excitado, cargado de adrenalina y de entusiasmo. Al cruzar la puerta automática tiró el paraguas a una papelería; era mejor actuar sin nada que le estorbase. Mientras subía por las escaleras mecánicas se miró en el espejo y se atusó los cabellos. Tenía ojeras y la nariz enrojecida, los hombros cargados, grandes manchas de agua en su amplia gabardina. Acababan de abrir y aún no había demasiados clientes; tomó un café para hacer tiempo. Luego entró en la tienda con pasos rápidos: su experiencia le decía que las grandes zancadas disimulan mejor que los pasos cautelosos. Allí estaba Julia, tomando algunas notas en un cuaderno, sobre arreglos o pedidos o lo que fuera.

Rechi se acercó circunspecto al perchero. El resto del mundo giraba en torno a él, desbocado como un caballo salvaje,

ineludible. Sintió el sudor frío en la frente mientras cogía una de las chaquetas y la plegaba bajo su brazo, con lentitud calculada. Julia carraspeó y alzó ligeramente la cabeza, mirando hacia otra dirección, con aspecto tan concentrado que parecía estar calculando con suma exactitud los ingredientes de una pócima mágica. Después volvió a sus notas; Rechi se alejó poco a poco del perchero sin dejar de mirar hacia la lente de la cámara. No se había movido. Soltó la chaqueta en un anaquel más alejado, fuera del alcance de la vista de Julia y de la vigilancia de la cámara. Luego se dio una vuelta por allí, con aire tranquilo e inocente, para verificar que nadie se estaba dando cuenta de sus planes. Julia volvió a levantar la cabeza y clavó en él sus vacíos ojos verdes, pero no lo vio. Solo cuando una señora de mediana edad, con chaqueta de tafetán y olor a madreselvas, se acercó a preguntarle alguna cosa, Julia despertó de su ensimismamiento. Mientras desplegaba su sonrisa y atendía solícitamente a la señora, Rechi volvió a la chaqueta, la cogió con esmero y la dobló cuidadosamente, de modo que el clavo de la alarma y las etiquetas quedasen del lado no visible. Después se fue de la sección a paso tranquilo, fingiendo que la chaqueta bajo su brazo era una prenda de su propiedad. A través de un espejo vio cómo Julia extendía una camisa para extasío de la señora de tafetán. El corazón le batía en el pecho como en los viejos tiempos, cuando se inició en los pormenores del robo. Ahora, su vida entera se encerraba tras el ritmo ligero y tenue de sus latidos.

Rechi bajó dos plantas en las escaleras mecánicas, se detuvo en la sección de juguetes para disimular entre los vehículos tele-dirigidos, se probó unas gafas de sol en la sección de óptica y olfateó varios perfumes en el dorso de su mano, manteniendo

todo el tiempo la chaqueta plegada sobre su brazo. Después subió por el ascensor –tres plantas–, cruzó la zona de lencería y se detuvo finalmente ante los enormes rollos de telas –sección mercería y baratijas–. Aquella era una zona tranquila, pero no debía merodear mucho por allí: su perfil no era el del comprador de botones, carretes de hilos y corchetes. La caja estaba vacía. Rechi cogió varios paquetes de cordones para zapatos, se acercó a la caja y soltó en el mostrador la chaqueta, con la alarma hacia abajo. Mientras desenrollaba con una mano los cordones y fingía un interés desmedido por su longitud, empujaba estratégicamente la chaqueta con el brazo libre, hasta situarla lo más cerca posible del desprendedor. Rechi miró alrededor. De fondo, retumbando con una cadencia amortiguada, se oía la voz de Luz Casal. Estaba solo. Agarró la prenda y situó la alarma sobre el desprendedor. Una vez: no se soltaba. Dos, tres; se puso nervioso. Al fin sonó el click necesario y salvador. Rechi recogió la chaqueta y los cordones, dio varias vueltas más mirando botones y broches y finalmente se alejó despacio, con sensación de ebriedad y de triunfo. Al descender de nuevo por la escalera mecánica vio que uno de rojo hablaba por su walkie sin dejar de mirarle. Alzó la vista a una cámara y notó cómo la lente se desplazaba para seguirle. Caminó un poco más, indeciso, nervioso. Más allá estaban las antenas de la salida; si pasaba de prisa tal vez podría escapar. Apretó los dientes y cruzó. Oyó una voz tras él, aceleró el paso y se dirigió al ascensor del parking. Planta tercera. Seguía sonando la voz de Luz Casal, una armonía dolorida, acorde con su desesperanza.



Rechi había sido prudente; había actuado con la meticulosidad de un experto. Solo una cadena de imprevistos podía explicar tan mala suerte. Tras una auténtica persecución de las cámaras del parking, había escondido la chaqueta bajo un todoterreno. Para que no se manchase de polvo y gasolina –no hubiese sido una victoria llevarse así la prenda a casa– tuvo la precaución de meterla en una bolsa limpia que alguien había arrojado en una papelera. Subió de nuevo en el ascensor hasta la planta baja y allí, al intentar salir, lo detuvieron. Pasaron un buen rato registrándolo, arriba y abajo, delante de todo el mundo y también en el cuartelillo. Llamaron a uno de los de incógnito, al de la cámara, al jefe de sección. Todos aseguraban haberle visto con la chaqueta.

— Será una alucinación colectiva –dijo Rechi despectivamente.

— Bien, entonces será cuestión de un minuto que llamemos a la policía –amenazó con calma uno de los vigilantes.

Pero no podían hacerlo. Sin pruebas, nada era demostrable. Intentaron acorralarlo de varias maneras, pero Rechi se conocía todos los trucos. Uno de los de rojo llegó a alzarle la mano, exasperado por la serenidad de Rechi, una gota de sudor brillándole en la sien. Finalmente tuvieron que dejarle ir.

Rechi sabía que no podría ir a recuperar la bolsa enseguida. Tampoco podía arriesgarse a que el dueño del todoterreno se fuese de allí y la dejase al descubierto, a expensas de cualquiera. Telefonó a Daniel Cruces, pero estaba muy lejos, posible-

mente sorbiéndose los mocos; tardaría más en llegar de lo que podía permitirse. Después llamó a Marcelo Martín –no lo cogía–, a Leonardo Mesa –tampoco–, a Silvio Ferri –tío, *no me metas ahora en líos*– y finalmente, desesperado, se fijó en un chino que parecía estar esperando a alguien en la puerta del Starbuck, mal vestido y con ojos febriles y agitados. Le dio diez euros a cambio de que le trajese la bolsa –*no la abras, tío; si me la traes sin abrir te doy diez más*–.

[12]

El tiempo razonable de la espera se había sobrepasado hacía mucho. Rechi no mantenía esperanzas, pero se encaminó discretamente hacia el parking, con la cabeza gacha para no llamar otra vez la atención de las cámaras. En el lugar del todo-terreno, ahora estaba aparcado un monovolumen gris, con pegatinas infantiles de Micky Mouse y del Demonio de Tasmania. No había nada en el suelo. Un poco más allá se agitaba, muy levemente, una bolsa vacía. Rechi sintió romperse algo en su interior. Algo que dolía. Dolía mucho, aunque no tanto como para llorar. Sonaba, como un taladro desquiciante, una vieja canción de Cat Stevens. Rechi detestaba aquella música. Se metió las manos en los bolsillos y se fue muy despacio, pensando en si debía o no llamar a Daniel Cruces ese día.

O esperar algo más. Tal vez únicamente un poco más. Unos días a lo sumo.



[II]

Atlas Dr. Pez

(publicación trimestral sobre acuariofilia, nº 57)

En este número de la revista tenemos el honor de presentar a nuestros lectores la desgraciada historia del doctor británico Eugenio Grady, científico genial que padeció en su infancia distintos trastornos físicos y mentales como dislexia, alexitimia, vegetaciones y estreñimiento crónico, y que, a pesar de su brillante carrera dentro del campo del bioarte, únicamente se dio a conocer por el sonado escándalo que protagonizó el día en que sobrevoló la ciudad de Birmingham en un platillo volante de su propia fabricación, ostentando ante el mundo su libidinoso amor por la esposa del renombrado matemático James O'Sullivan, que lo acompañó en tal trance con modales de diosa. En el reportaje que leerán a continuación podrán conocer el hallazgo que ha llevado a Grady no solo a obtener uno de los más importantes galardones del gremio científico –el Achievement Rewards for College Scientists– sino tam-

bién a alcanzar el final de sus días. Les contaremos en qué consistió su último proyecto, cuyo nombre –*Fish, Plant & Rack*– deja tan claros sus componentes como enigmáticos sus fines. Por qué interesa tanto a Atlas Dr. Pez parece evidente: en el diálogo entre naturaleza y tecnología que es el alma de este inusitado invento late el corazón de uno de nuestros animalitos preferidos: el *Gnathonemus Petersii*, conocido vulgarmente como pez elefante. Por otro lado, lo emocionante y conmovedor de esta historia nos da aletas y branquias suficientes como para querer compartirla con ustedes.

Como bien sabrán nuestros lectores, el pez elefante es una especie de pequeño tamaño, movimientos vigorosos e inútiles y una ceguera casi absoluta. Este diminuto Homero de las aguas es capaz de controlar las acciones de un robot jardinero con la única fuerza de su menguado corazón. Eugenio Grady logró

aislar la corriente eléctrica de sus latidos y transportarla a través de este robot, con el fin de regar un arreglo de potos y helechos mediante un sistema hidropónico.

El proyecto fue presentado en la última Feria de Hallazgos Científicos de Bioarte y Biotecnología, celebrada en Londres el pasado mes de septiembre, ganándose desde el primer momento el aprecio de físicos, biólogos, psicólogos y jardineros. Pronto comenzó a sonar como principal candidato a los premios ARCS, cuya dotación económica haría tambalearse hasta al más ensimismado de los genios. Pero a medida que avanzaba su prestigio, Grady se hundía en las pesadas aguas de una depresión inexplicable: según contó después a la prensa la ex señora de O'Sullivan, pasaba horas y horas ensimis-

mado frente al acuario de su pez elefante, al que puso por nombre *Little-Little-Dhumb*. Al parecer, la responsabilidad por haber creado una nueva forma de esclavitud —*el pez no eligió ser cuidador de las plantas, ni las plantas pidieron ser asistidas por el pez*, dejó escrito Grady en uno de sus diarios— lo abrumó de tal manera que el pasado 5 de marzo decidió quitarse la vida electrocutándose con el sistema eléctrico que él mismo había creado. Su reciente suicidio no ha impedido, sin embargo, que el proyecto *Fish, Plant & Rack* haya sido finalmente galardonado, alcanzando tal grado de popularidad que la multinacional sueca Ikea está negociando con la ex señora de O'Sullivan, heredera de todos los bienes de Grady, una imitación económica del sistema con fines domésticos y decorativos.



[III]

La mantis cautiva

(Se trata únicamente de un vídeo. Un vídeo como tantos.

*Un vídeo ligeramente repugnante y ni siquiera
demasiado conmovedor. Pero ahí está. Siempre está.*

*Ese constante vídeo que alimenta cada una
de mis pesadillas y mis delirios)*

Imagínense: son las cuatro de la madrugada. Hace frío y tengo insomnio. Envuelto en una manta, tecleo en mi ordenador: «*mantis religiosa*» + *alimentación*. El resplandor de la pantalla vibra en las paredes de mi dormitorio con un reflejo verdoso, como de agua. Ese resplandor es ahora la única luz que me ilumina.

Atlas Dr. Pez.: *Mantis religiosa*

Nombre común: Mantis religiosa, Santateresa o Rezadora. ...

Alimentación: Exclusivamente insectívora. Es un animal cazador al que debemos proporcionar...

World-Alive- << *Mantis religiosa*

Alimentación: La mantis es un feroz y sigiloso depredador.

Normalmente se sienta muy quieta y espera a que la presa se aproxime...

Colección de fotografía –primer plano, rezando, mantis...

Primer plano, rezando, mantis, alimentación colección de fotografía por Polea Dot Images. Fotosearch Banco de Fotografías y de Metrajes...

Blogs de Arizona / Comer una mantis religiosa

Esta chica debe comerse una mantis religiosa viva por una apuesta ¿Tú lo harías? Compartir: del.icio.us . digg

Ahí lo tienen. El cuarto resultado de mi búsqueda. Es así el modo en que me encuentro, por primera vez, con el vídeo de Joanna, la chica de Arizona que devora con deleite un hermoso ejemplar de mantis religiosa. Y se la come viva, créanme. Todavía está colgado; pueden comprobarlo si así les place, aunque sé que sus reacciones serán abismalmente diferentes a las mías. Aquella noche fría y sin estrellas no puedo dejar de mirar la escena una y otra vez, sobrecogido. Meses después, solo con recordarla, sigo sintiendo una extraña mezcla de repulsión, de placer y de angustia. Un estremecimiento terriblemente desazonador e inquietante. Un hueco negro entre el esternón y la glotis. Un golpe seco. En cambio, soy consciente de que si ustedes vieran las imágenes, posiblemente las olvidarían al minuto. Siempre sucede igual: hay un enorme foso entre lo que sienten los demás y lo que siento yo, como una concavidad que se extendiera entre mi existencia y la del resto del mundo.

Esta Joanna es una chica estupenda; quiero decir, una chica muy guapa, morena, alegre y pícara. Uno puede imaginársela muy bien en otro tipo de vídeo; ya me entienden. Pero verla allí me sume en un profundo desconcierto. Quedo imantado por su sonrisa y sus ojos malignos, por sus dientes que mastican aquella mantis viva, AUTÉNTICAMENTE VIVA. Al principio pienso que puede ser un montaje, pero la escena parece TAN real y todo el mundo parece TAN fascinado con aquel vídeo –no hay más que leer los comentarios de censura y de admiración que han enviado decenas de internautas desde todos los rincones del mundo– que finalmente no dejo ni un resquicio para la duda: Joanna se ha merendado a aquel bicho sin más contemplaciones.



Admitamos que no es muy habitual zampar insectos vivos –y menos aún de ese calibre– pero pienso: hay gente que hace lo que sea por dejarse ver. Y, en fin, nadie está libre de la extravagancia. Yo mismo tengo por aquel tiempo como mascota a una mantis encerrada en un bote de Nescafé, una pequeña santateresa a la que consagro todos los cuidados y atenciones. En mi defensa, he de decir que mi mantis forma parte de un ambicioso proyecto científico que nada tiene que ver con la entomofagia y que, de resultar exitoso, habrá de cambiarme la vida por completo.

Pero volvamos a Joanna. Según se dice, había apostado con sus amigos que tragaría una mantis si ellos accedían a acompañarla a la iglesia. Es una extraña forma de unir gastronomía con religión, superstición con horror. Con este vídeo se cierra –una vez más– un círculo perfecto: el hermoso y devoto insecto, devorador inclemente, es a su vez tragado por una belleza igualmente inmisericorde y piadosa –al menos, en lo que a la religión atañe–. Dibujo un círculo divino y terrorífico que me conduce a soñar obsesivamente con Joanna. Yo sé que no lo entienden, pero les aseguro que enfermo a causa de mi mantis. El vídeo me excita y me desagrada a un mismo tiempo. Tengo pesadillas, alucinaciones y revelaciones casi místicas en las que yo mismo trago mi mascota o ella me traga a mí. Pero además, la imagen de Joanna llena de presagios nefastos mis proyectos científicos. Ella me revela que todos mis planes no son más que una acumulación de sinsentidos. De alguna manera, se convierte en un augur del fracaso.

No piensen que soy especialmente sensibloide ni sentimental, amante de los animales, señoritingo ni delicado. Puedo descuartizar un perro sin mayores problemas. Puedo ser cruel

cuando toca serlo, y puedo ser implacable y despiadado si un día se me antoja, aunque no haya especiales motivos para ello –de hecho, cuantos menos motivos haya, más implacable y despiadado puedo llegar a ser-. Pero esto no impide que, cuando algo me perturba, me convierta en un ser extremadamente dolorido. Quiero decir que, si me rozan, puedo incluso sangrar en estos casos. Eso es lo que me ha sucedido con esta mantis: se ha convertido en un ser imprescindible para mí. Urgentemente imprescindible. He volcado en ella demasiada magia negra, o no sé cómo denominar a toda esa amalgama de curiosidad, seducción y deseo que acumulo en torno a este insecto. La imagen de una chica como Joanna tragándose una mantis idéntica a mi santateresa tiene que impactarme por fuerza.

Sin embargo, cuando se lo cuento a Rechi, él se ríe de buena gana ante mis narices. Me asegura que ya conoce el vídeo y que es de lo más anodino y mediocre que puede encontrarse por internet. *Nada impactante* –me dice-, *pero no te preocupes, te ayudaré a proteger a tu bicho de fieras como esa chica*. Rechi conoce mis aficiones zoológicas, hasta el punto de que vislumbra mi fijación por la mantis del Nescafé –incluso roba para mí una bolsa de arena para terrarios-, pero es incapaz de entender mi obsesión por ciertos habitantes de Arizona. El gran Rechi, con su cuerpo maltrecho, su rostro mortecino y sus ideales de sofisticación desdeñosa y desengañada, tiene siempre otros asuntos más trascendentes de los que ocuparse. Entre otros, luchar contra la vulgaridad que lo asola cada día, estrechando poco a poco su temible cerco en torno a todo.

No se lo digo –Rechi no aguanta bien los reproches-, pero mi mantis no necesita la tierra que él me regala. Cuando espolvoreo un poco sobre la base del bote –únicamente para hacer la

prueba- veo que la mantis la mira con desagrado, sin alterar ni un ápice su posición rezante. En la etiqueta de la bolsa puedo leer que está indicada únicamente para formicarios, y que ni siquiera es del gusto de todas las especies de hormigas. Pero lo importante es el gesto; Rechi sabe que mi voluntad es hacer feliz a mi preciosa santateresa en su encierro, proporcionarle todo lo que necesite, anticiparme en todo momento a sus deseos. Paso gran parte de mi tiempo cazándole bichitos adecuados –saltamontes, hormigas, arañas y chapulines- y observo con afán científico sus asesinos y voraces movimientos. Me gusta contemplar cómo atrapa con sus largas patas flexibles a su víctima y la devora viva, sin preámbulos, con una lentitud gozosa y complaciente, exactamente igual al modo en que Joanna engulle su mantis una y otra vez en la pantalla de mi ordenador.

Por qué conservo esta mantis no es demasiado difícil de explicar; admito que para ustedes tal vez sí pueda ser difícil de entender. Todo comienza el día en que oigo hablar de un curiosísimo experimento científico, una de aquellas tardes de navidad en que reúno fuerzas para ir a visitar a mi madre y, como no sabemos qué decirnos, nos sentamos en el sofá a ver documentales. Es en un reportaje sobre candidaturas a unos premios científicos donde escucho hablar de un tal Eugenio Grady, un londinense que ha conseguido utilizar las corrientes eléctricas generadas por el corazón de un minúsculo pez elefante. Grady –explica el documental- ha colocado en torno al pez multitud de conexiones que recogen y transportan la fuerza de sus latidos. Estas corrientes dan órdenes a un pequeño robot que, a su vez, se encarga de bombear el agua necesaria para el crecimiento de una planta muy verde y muy brillante. Es decir, el pez cuida –sin saberlo- de una planta y la

planta crece –también sin saberlo– gracias a los latidos del diminuto corazón de un pez.

— Menuda tontería –dice mi madre–, con lo fácil que es regar la planta y punto.

Yo le arrebató el mando y le pido que guarde silencio. Mientras aparecen en la pantalla imágenes de salamanquesas, sapos, hámsters y camaleones, Eugenio Grady habla de la posibilidad de extender el experimento hacia otros seres vivos. *TODAS LAS CORRIENTES ELÉCTRICAS SON APROVECHABLES Y PUEDEN SER TRADUCIDAS EN ÓRDENES PRECISAS*, asegura. Fantaseo con la idea de que los latidos de mi corazón puedan dominar –sin que ella lo sepa– los movimientos de Julia, sus impulsos, sus pensamientos; un milagro si tenemos en cuenta que ella jamás piensa en mí. Decido que merece la pena investigar sobre este asunto.



Cuando acaba el documental, mientras mi madre prepara la cena de costumbre –su sopa de tomate, su aceitosa tortilla–, salgo a la terraza y bajo la luz lánguida de la farola descubro una pequeña mantis agazapada junto a los geranios. Permanece muy quieta, helada por el frío de la noche, inmóvil y elegante como una antigua efigie. La atrapo con cuidado entre mis manos ahuecadas y la meto en un bote de Nescafé que cojo a escondidas, para que mi madre no me acuse, con su voz de ratón, de ser ya bastante mayorcito para jugar con bichos repugnantes. La mantis me mira con sus enormes ojos compuestos y la triada de ojos sencillos sobre la frente y gira la cabeza para inspeccionar con aire de indignación su nuevo territorio. No sé qué pensarán ustedes, pero a mí, un insecto que es capaz de girar su cabeza 180 grados me produce un enorme respeto. La contemplo con admiración y cortesía. Mi santateresa cautiva agita sus patas frontales, llenas de púas, con tanto vigor que sé que de allí puede partir energía suficiente para mucho más que para regar una simple planta. Únicamente tendré que ponerme en contacto con Grady, o con alguno de sus colaboradores, y preguntarles acerca del mejor modo de aprovechar esa corriente.

Pueden pensar que soy peligrosamente inocente; no serían los únicos. Aquellos que aseguran conocerme dicen que soy ingenuo y que cada proyecto en el que me embarco es aún más descabellado que el anterior. Según ellos, he perdido absolutamente toda noción de realidad y cordura. Pero Rechi no piensa así. Él alaba mi ingenio, y afirma no haber encontrado a nadie con una inteligencia superior a la mía. El día en que le muestro los bocetos de mis máquinas y mis inventos –que nadie más ha visto–, Rechi clava en mí sus ojos acuosos y me dice que lo único que necesito es un mecenas, alguien que sufrague tanta

genialidad. Con todo, tampoco a él le hablo de mis aspiraciones con la mantis. Tal vez, de algún modo, ya percibo ciertos aires de despropósito en mis planes. Además, supondría admitir mi flaqueza por Julia, a la que él detesta.

Para Rechi, Julia es la típica trabajadora bienpensante que considera su empleo como un compromiso de lealtad con la empresa y que, más allá de eso, no utiliza ni una sola neurona en nada que no sea teñirse el pelo, pintarse las uñas o leer libritos de autoayuda y feng-shui. Pero en eso Rechi se equivoca: Julia no es Eva Wilt. Además, yo la conozco infinitamente mejor que él. No basta con rondar por la *Luxury&Trendy*, alrededor de la sección de Julia, horas y horas, vigilando sus descuidos, sus idas y venidas al servicio, sus movimientos, para ver cuándo uno puede pillarse algo. Eso no es suficiente. Rechi jamás ha hablado con ella. Yo sí: aquel fatídico día de noviembre en que me descubre con una bufanda metida dentro del abrigo –lana de oveja merina, tono gris marengo, precio 212 euros–. Es ese el día en que comprendo que ella ensanchará mi mundo con una nueva dimensión, vertiginosa y todavía desconocida. Sepan que es el mismo Rechi, el mismo que la odia, quien me anima a hacerme con la bufanda. Me dice que podré venderla fácilmente y que no es complicada de esconder. Una vez atrapada –me explica– solo es cuestión de buscar una sección tranquila, acercarme discretamente a una caja y desprender el clavo de la alarma. Luego, a la calle.

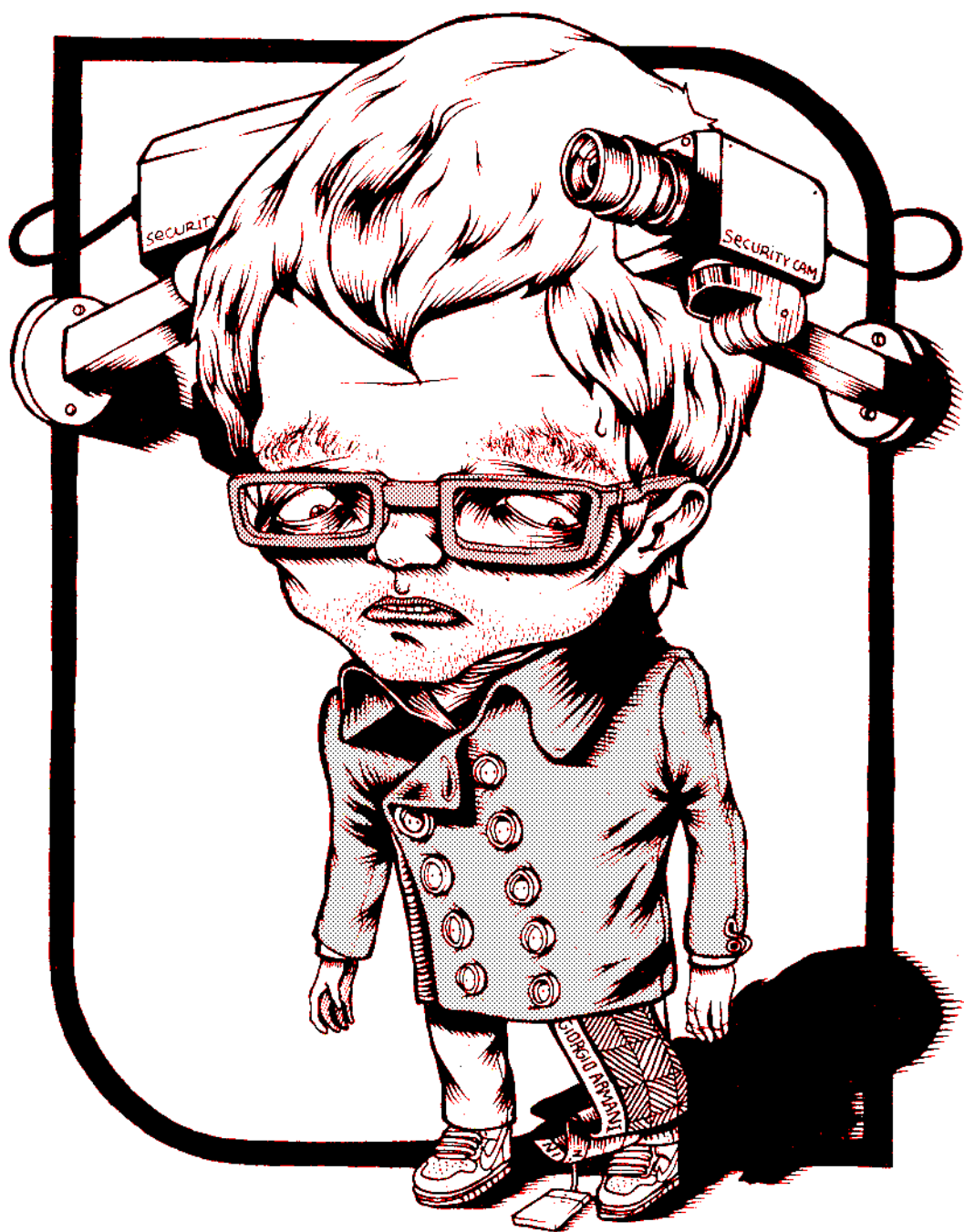
Es la primera vez que me voy a atrever a hacerlo. No a robar, sino a robar así, rozando el límite. A pesar de los reproches de Rechi –que me considera amarrado a lo que él llama ataduras gregarias–, únicamente me arriesgo a robar artículos *limpios*,

sin alarmas, o aquellos en los que pueden inutilizarse con más o menos facilidad. Pero aquel día me convence y, en ese estado de turbación, tan nervioso que me siento temblar como a merced del viento, actúo sin apenas pensarlo. Cuando Julia está de espaldas, colocando no sé qué chaquetas en un perchero, agarro la bufanda y la meto en el interior de mi abrigo. Por desgracia, es más larga de lo que yo he previsto y no me doy cuenta de que me arrastra una punta por detrás. Julia se vuelve hacia mí y clava sus inmensos ojos verdes hacia la parte inferior de mi cuerpo. Al ver que sospecha, flaqueo e intento sacarme la bufanda con disimulo, pero ella no despega su mirada de mis bajos. Camino, lentamente y de espaldas, hacia un anaquel en el que soltar la dichosa prenda. En ese momento se acerca un vigilante de rojo, ligeramente vacilante. Veo cómo le pregunta a Julia con aire dudoso, pero sin dejar de mirarme, y cómo ella niega rápidamente con la cabeza, sonríe y le hace un gesto tranquilizador con la mano. El de rojo –un tipo calvo, zancudo, prognato– se marcha de allí, girándose para observarme una vez más, y comienza a hablar por su odioso *walkie*. Julia viene hacia mí muy seria:

— ¿Se puede saber qué pretendías? –su voz es aguda, metálica, casi chirriante.

Yo aseguro que nada, que nada de lo que parece, que todo ha sido un desgraciado malentendido.

— Qué cobarde. Comprendería que intentases negarlo ante el vigilante, pero conmigo, después del cable que te he echado, ya podías ser un poco más sincero –. Habla como si hubiese quedado defraudada, en el tono cansado de una madre que riñe a su hijo. Después extiende la mano para que le entregue la bufanda. Yo se la doy y murmuro algo parecido a un agradecimiento.



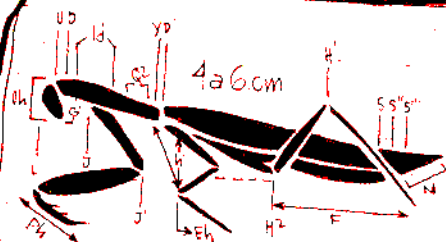
Aquel día hablamos un poco. Ella me pregunta el nombre y me pide el teléfono, por si hay algún problema y, como yo no sé entender a qué tipo de problema puede referirse, quiero pensar –pienso– que algo en mí, lo mismo que le ha llevado a ser compasiva, le atrae. Le anoto mi número en el ticket de una cafetería –lo recuerdo con extraordinaria nitidez– y me despido con sensación de euforia y de triunfo. Sin embargo, cuando se lo cuento a Rechi, divertido y esperanzado, él ni siquiera menciona el loable comportamiento de Julia. Únicamente se centra en mi fracaso, en el desliz que ha supuesto no calibrar adecuadamente la longitud de la bufanda, en el error de haber admitido mi intención de robo –algo que, según él, solo debe hacerse en casos extremos–. Y además, sentencia con solemnidad, ahora ya no podré volver por *Armani Men* nunca más. Después de tanto reproche, con un suspiro de resignación, Rechi me regala algunos dvds y un par de libros que acaba de agenciarse, como si de este modo tratara de compensar mi desengaño. Así es Rechi: generoso y entregado; exigente y severo. Pura fuerza en envoltorio débil.

Ya lo saben: Julia está en el origen de mis experimentos con la mantis. El objetivo: dominarla sin que ella lo sepa. Desde el día de la bufanda su imagen me persigue día y noche. La miro de lejos en su sección, mientras atiende a elegantes caballeros y dobla con extremo cuidado los delicados suéteres de angora, con sus pequeños zapatitos de tacón y su falda azul de dependienta eficiente. Yo sé que no debo rondar mucho por aquella zona; el vigilante calvo puede reconocermme y no siempre voy a tener la suerte de la primera vez. También sé que ahora me toca esperar: ella no me ha llamado todavía, pero tiene mi teléfono; es cuestión de tiempo. Y yo ya cuento con mi mantis en su bote, así que me retiro a mis investigaciones con vigor redoblado.

En aquellos días tomo muchas notas en mis cuadernos sobre los movimientos de la mantis, sus reacciones, la forma de encoger y retraer sus largas patas, los imposibles giros de su cuello. Clasifico todo aquel material según una estimación de las corrientes eléctricas emitidas. Así, la extensión media de una pata delantera equivale a un giro de la cabeza de 90°; la extensión completa de una pata trasera, en cambio, desprende una cantidad similar de energía al giro de 180°, el más riguroso y temible. Hago varios bocetos de su cuerpo, desde todos los ángulos posibles, y mido la longitud exacta de sus extremidades, con el fin de evaluar los posibles modos de conexión con el robot. Investigo sobre Eugenio Grady, hallo la dirección de sus laboratorios en Londres y redacto varios borradores de cartas en los que le explico todas mis ideas (1. *QUERIDO AMIGO: Sorprendido por el aprovechamiento de la electricidad de su pez le sugiero experimento similar, aunque de mayor alcance, con una mantis*; 2. *ESTIMADO SR.: ¿Sufragaría mi intento de conexión de corrientes animales con voluntades humanas?* 3. *MUY SR. MÍO: ¿Admite colaboradores? Créame, mi ingenio –espero que no así mi ingenuidad– no tiene límites, etc.*).

Pero a pesar de mi entusiasmo, intuyo que tarde o temprano habré de sumar, una vez más, un nuevo fracaso a mi lista de doradas ambiciones. Mi santateresa comienza a languidecer en su prisión. Leo aplicadamente uno de los volúmenes más sesudos de entomología que he robado y trato de ajustar sus síntomas con posibles diagnósticos. Siguiendo las indicaciones de aquel libro, rocío las paredes del bote con agua cálida, para mantener la humedad y temperatura adecuadas. Varío su dieta: incluyo cigarrones y moscas, y dejo a un lado las hormigas, por aquello del ácido fórmico. Pero no noto mejorías. Los movimientos de mi mantis son cada vez más lentos, ape-

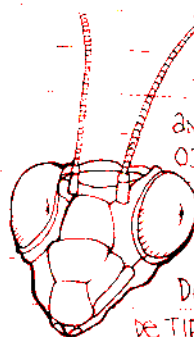
nas come y a veces cabecea arriba y abajo como si entonara sus últimas oraciones. En una noche en que me hallo particularmente angustiado por su agonía, mientras navego por internet buscando algo que pueda orientarme, encuentro el vídeo de Joanna del que ya les he hablado. Aquello termina de truncar mis planes por completo. Me paraliza sin remedio.



$$D = L\sqrt{2}$$

$$A = \sqrt{h^2 + (L/2)^2}$$

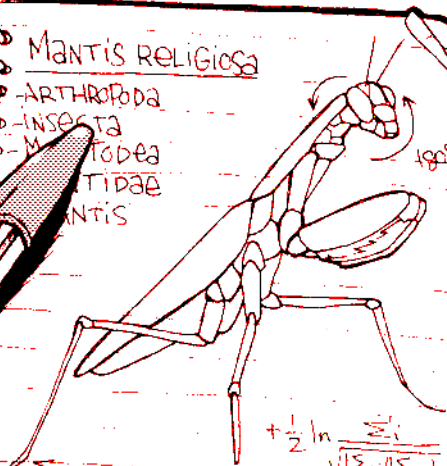
$$\alpha = \sqrt{h^2 + (L/2)^2}$$



Tamaño medio
 Tórax largo y ancho
 antenas delgadas
 ojos sencillos
 alas sobre el dorso
 dos patas anteriores de tipo prensor con espinas en la parte interior.

MANTIS RELIGIOSA

ARTHROPODA
 INSECTA
 MANTODEA
 MANTIDAE
 MANTIS



$$\sum v_3 = 0$$

$$+ \frac{1}{2} \ln \frac{\sum_i}{\sqrt{|\sum_i|} |\sum_{2i}|}$$

$$\sum_i = \sum_i 1_i + \sum_{2i}$$

* Hembra más grandes que los machos.

* ciclo vital: 1 año approx.

* otros nombres: santateresa, usamico, tatadids, camamocha, mamboreta, cerbatana.

* Manteidea | Mantidae | Mantis | sur europa

Soy dado a pensar en círculos concéntricos y los dibujo una y otra vez en mis cuadernos como forma de aclarar ideas complejas. Pero aquella noche me siento confundido y comprendo que, a veces, la realidad se puede explicar mejor a través de la oposición de términos, en dos bloques de antónimos que se afirman mutuamente con la negación del contrario. Así que dibujo dos columnas: en una, sitúo a Joanna la voraz; en la otra, a Julia la valerosa. Julia me gusta, es ilusionante, dulce; Joanna es temible, inquietante, sensual. Julia me produce agradables ensoñaciones; Joanna me crea pesadillas. Julia es VIDA y Joanna significa MUERTE. Entretanto mi mantis se debilita con distinción y parsimonia, como si Joanna, desde Arizona, hubiese podido acabar con su antigua fortaleza. Transcurren unos días muy extraños y después, cuando menos lo espero y más hondo es mi desánimo, suena el teléfono, y es Julia.

- Necesito quedar contigo –me dice directamente, tras identificarse, con voz temblorosa y frágil–; necesito que me hagas un favor.
- ¿De qué se trata? –contesto palpitante.
- Una vez yo te ayudé a ti; ahora no puedes negarte –afirma con dureza.

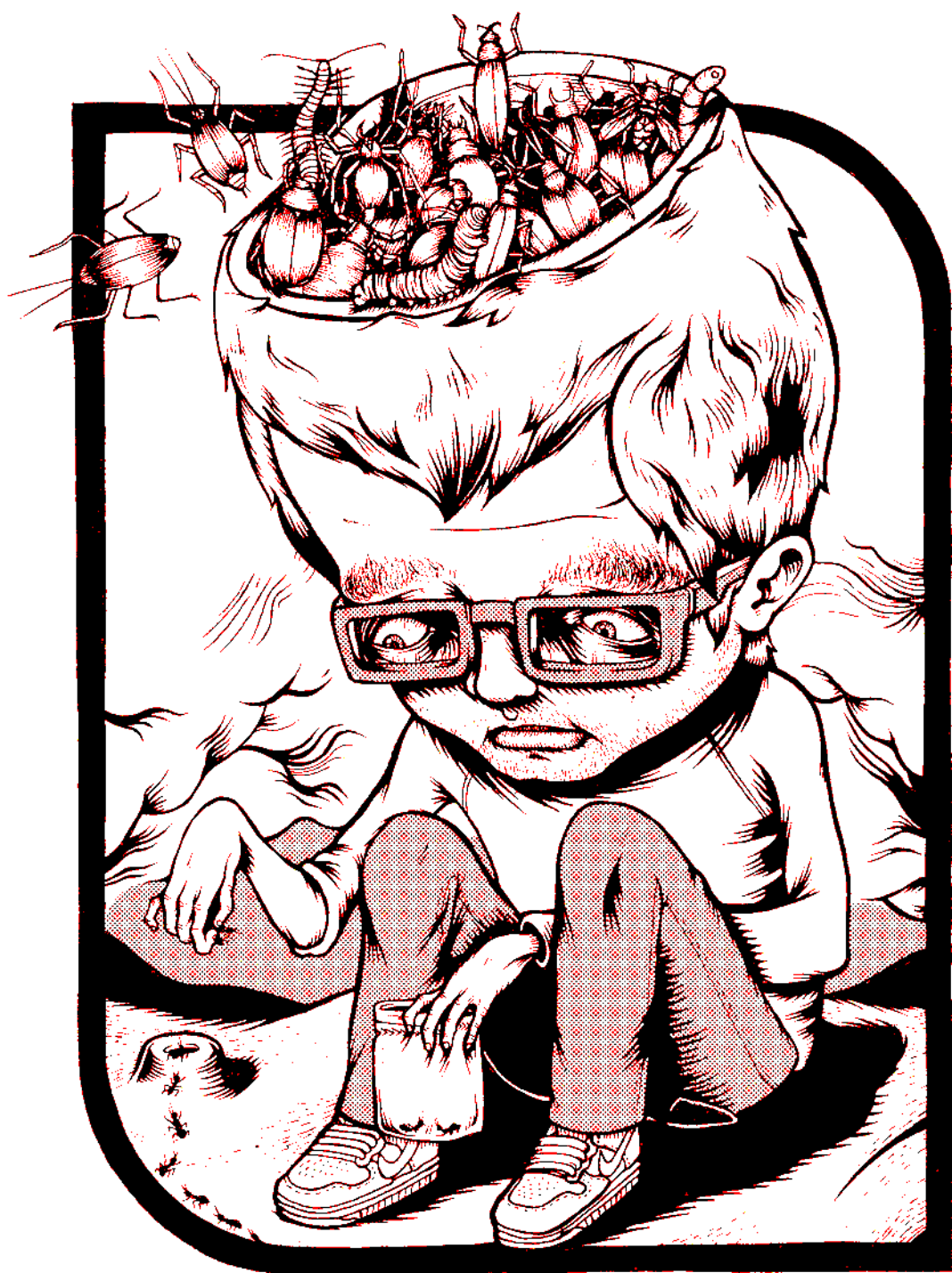
Insisto en que me diga de qué se trata, pero ella únicamente me da indicaciones acerca del lugar donde debemos encontrarnos –*en el Snooker*, susurra–, una especie de hamburguesería en las afueras de la ciudad, sobre las once. Julia lo ha organizado todo: me indica qué autobús debo coger para llegar allí, me ubica las paradas y luego cuelga, sin dejar de repetir que no podré negarme a ayudarla, sea lo que sea lo que tenga que pedirme. Pero yo no siento ningún miedo. Mis esperanzas se han reavivado.

Me arreglo antes de salir. Me afeito con cuidado, me perfumo por entero y escojo la ropa que –al decir de Rechi, que no de mi madre– mejor me sienta. Antes de irme echo un último vistazo a mi mantis. Suspiro aliviado cuando veo que esta vez sí se ha zampado el pequeño cigarrón que cacé para ella un par de horas antes. Únicamente quedan restos de patas esparcidos por la base del bote; la santateresa, agarrada fuertemente a una ramita, parece dormitar mientras digiere su cena. Pienso en Joanna y trato de escapar de aquella imagen entomófaga. Ahora las cosas van a cambiar, pienso. La mantis remontará la crisis y recobrará toda su salud y vigor, el experimento saldrá adelante y Julia quedará para siempre cautiva de mis deseos, a mis expensas.

La noche es fría y limpia, casi transparente. El autobús que me conduce al Snooker está vacío salvo por un par de colombianas que se adormecen a trompicones. Las fundas de los asientos están roídas por el tiempo, salpicadas de manchas de orín y de grasa. Pero mi corazón late alegremente y yo tamborileo con mis dedos en el cristal de la ventanilla, viendo las ráfagas de las luces de los vehículos que se cruzan con nosotros, en un baile de colores vivaz pero decrepito.

En el Snooker, un local contiguo a unos multicines y un bingo, han parado algunos adolescentes y un par de viajeros tardíos desviados de la autovía. Los camareros se mueven somnolientos entre las mesas y hay algo muy viejo en sus rostros, como si en ellos se acumulara todo el cansancio del mundo. Julia está sentada delante de una cocacola, seria y tensa, con los tendones del cuello marcados como cuerdas de un delicado instrumento. Ni siquiera me saluda. En aquel contexto de plástico, bajo unos focos chillones e implacables,

Julia me explica sus propósitos de venganza hacia un tal Fajardo, el gerente de la *Luxury&Trendy*, la cadena comercial donde ella trabaja y de la que acaba de ser despedida. Eso es todo. Entonces comprendo que sí había un círculo, que aquel día de la bufanda la misericordiosa Julia únicamente me había pedido el teléfono previendo la posibilidad de usarlo más adelante para un asunto oscuro como este. Pura practicidad, pienso, y le respondo que sí, que la ayudaré y que lo haré todo tal como ella me indique. Julia me da órdenes precisas y me hace jurar que le enviaré pruebas fehacientes de que todo se lleva a cabo según sus deseos. Le prometo que las tendrá. Para mí, ése no es el problema.



Nos despedimos y yo salgo primero del Snooker, un poco mareado, no sé si por el hambre, los nervios o el desengaño. Sigo las instrucciones de Julia paso por paso, con la frialdad que se precisa para acometer este tipo de asuntos. La venganza se cumple en los términos estipulados. Después de esperar casi una hora el autobús nocturno –en un polígono desolado y vacío, con charcos de gasolina y cajas de cartón rotas, movidas por el viento– regreso a casa. Son las cuatro de la mañana. Me arrojo en la cama y me duermo enseguida, con la pesada conciencia de mi cuerpo. Al poco tengo que levantarme para vomitar; me arde la frente y me siento recorrer el pulso por las sienes, por las muñecas, por los muslos. Luego vuelvo a dormirme.

Cuando me despierto, ya de mañana, me acerco a ver a mi mantis cautiva. Intento calcular hasta qué punto ha tenido ella que ver con el desenlace de esta historia. Pienso otra vez en Joanna, la cruel, y ya no me parece tan contrapuesta a Julia, la aparentemente dulce. La mantis me mira con su pluralidad de ojos, las patas flexionadas para sus plegarias matutinas, el aire desconcertado. Aún parece débil. Desenrosco la tapa del bote y espero, pero ella no se inmuta; únicamente voltea varias veces su cabezota, a uno y otro lado, y permanece religiosamente inmóvil. Finalmente introduzco mi mano, la agarro con firmeza pero con cuidado –ella se sacude, con un cansado afán de rebeldía– y la llevo al alféizar de mi ventana. Miro los coches que recorren mi calle, la gente que camina solitaria, los carteles publicitarios, las apagadas luces de neón, el cielo opaco, el espeso bosque de antenas repartidas por las azoteas. Miro todo eso y luego la agarro en un puño y la arrojo hacia la copa del platanero que crece a unos diez palmos de mi ventana. Allí la veo caer, sacudirse, remontar por el tronco, volver a caer, pre-

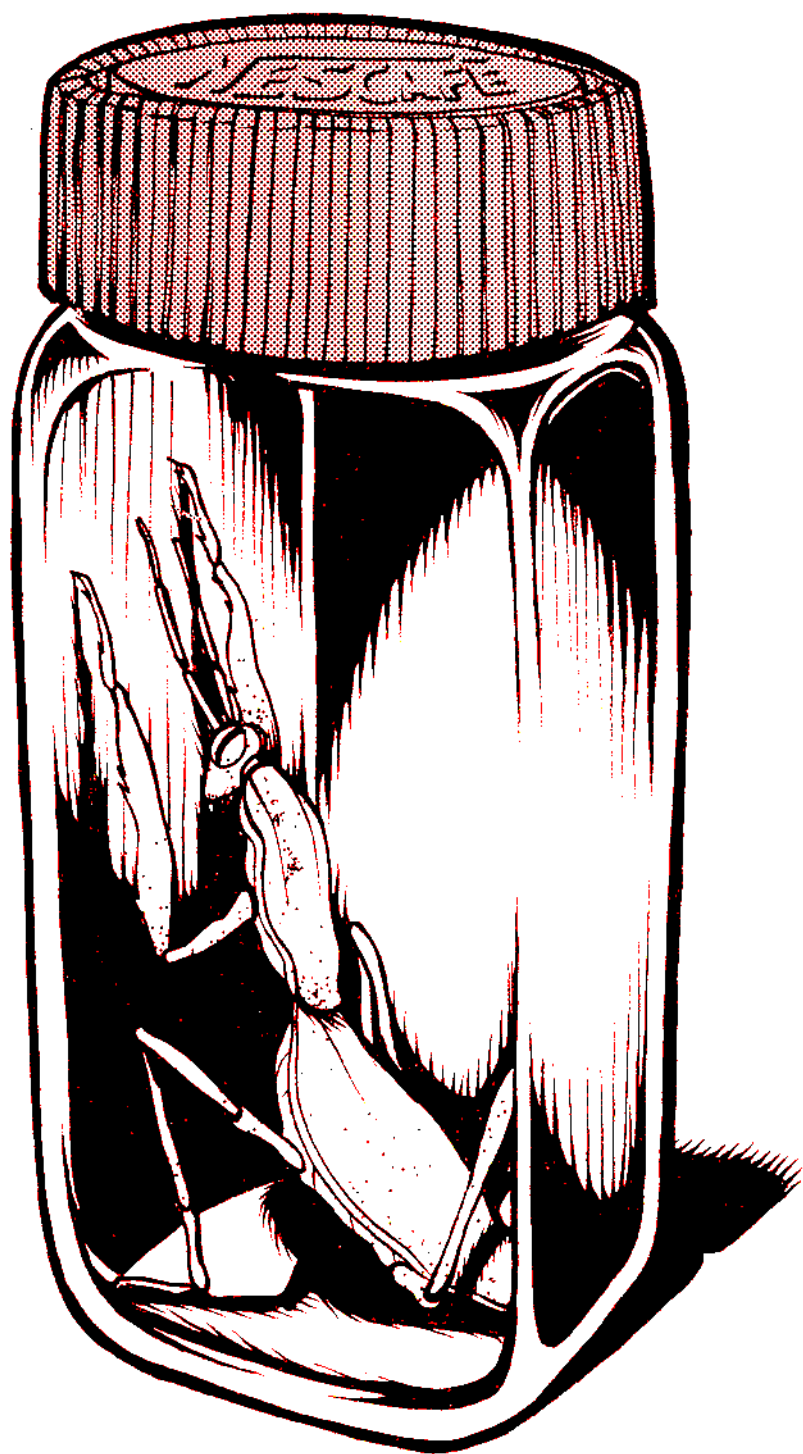
cipitarse más rápido, detenerse y finalmente aferrarse a una rama, junto a un manojo de hojas nuevas y verdes, testimonio anticipado del fin del invierno. Debe de mimetizarse o algo así, porque al poco la pierdo de vista para siempre.

Después trato de no pensar en nada, ni en Joanna, ni en Julia, ni en los macizos volúmenes de entomología, ni en Rechi y la bufanda, ni en la conversación en el Snooker, ni en Eugenio Grady y sus experimentos con el pez elefante. Permanezco tumbado un buen rato en la cama, simplemente mirando al techo. Cuando al fin decido levantarme, lo que hago es:

1. tirar el bote vacío de Nescafé a la basura, con sus restos de arena y de patas de otros bichos;
2. tirar -también a la basura- todos mis cuadernos con las anotaciones y bocetos de la mantis; y
3. telefonear a mi madre y decirle que, si le viene bien, esa misma tarde me pasará a verla.

Pero ella ni siquiera muestra sorpresa, ni alegría, ni nada. Simplemente me dice que *bueno*, que ahí estará y después cuelga sin más palabras, como hace siempre. Esto sucede el pasado 6 de febrero. Hoy, 6 de marzo, un día luminoso y elástico, he leído en la prensa que Eugenio Grady se ha suicidado. Su viuda no da más explicaciones. Yo, en cambio, creo tenerlas todas.





[IV]

Mistery shoppers

Fajardo, gerente de la *Luxury&Trendy*, la firma más *cool* de nuestro centro comercial, nos recibe amablemente en su despacho. Es un pequeño espacio moderno, transparente y con aire zen, quizá con un exceso de luz que no consigue intimidarnos. Sobre la mesa, junto a un enorme jarrón de cristal verde, puede verse una fotografía familiar en la que aparece junto a una mujer rubia, dos niños sonrientes y un hermoso dogo alemán negroazulado. La fotografía transmite una especie de paz irrelevante y artificiosa. Hemos llegado con un poco de retraso, pero él tiene la elegancia de no reprocharnos nada, a pesar de ser –como sabemos– una de las piezas fundamentales de la tienda y de tener –como también sabemos– una agenda de trabajo cuajada de citas y compromisos variopintos.

Le explicamos que somos estudiantes de periodismo y que su entrevista nos servirá para el proyecto de fin de carrera. Parece un poco decepcionado, pero sonrío con indulgencia y comienza a contarnos la historia de la *Luxury*, sus datos de facturación, sus proyectos de ampliación para el futuro. Cuando se detiene para coger aire –Fajardo es un tipo poco atlético con, suponemos, no demasiada capacidad pulmonar– aprovechamos para explicarle que en realidad queremos centrar la conversación en la figura de los *mystery shoppers*. Queremos saber si existen en la *Luxury*. *Oh, sí, claro que existen*, nos dice. Asegura que son

imprescindibles, *imprescindibilísimos*. Parece tan entusiasmado que sacamos la grabadora y comenzamos la entrevista.

NOSOTRAS: ¿Qué es un mystery shopper?

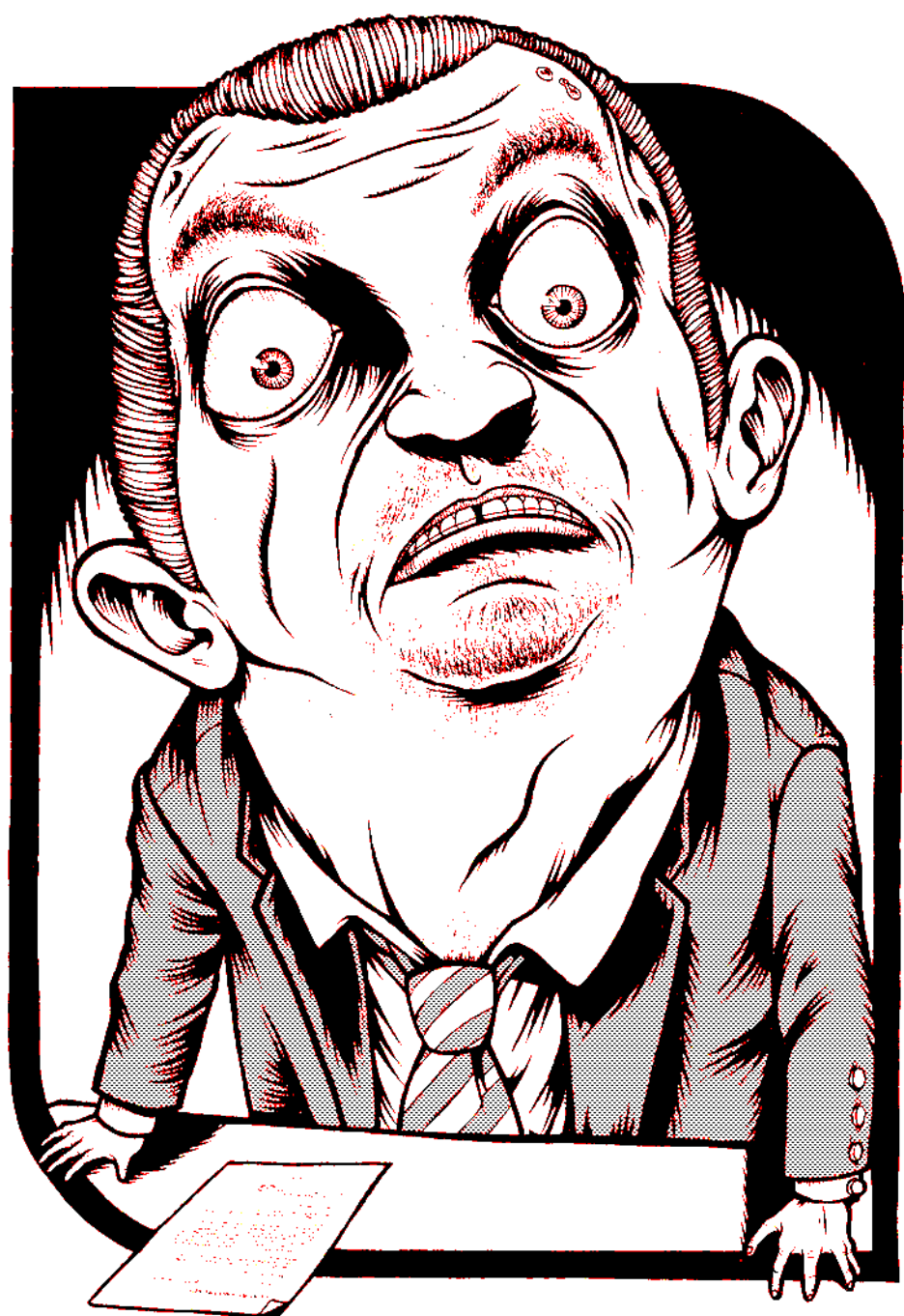
FAJARDO: Es alguien a quien pagamos para que nos informe de los intentos de hurto. Una especie de espía. Por supuesto, van de incógnito. Actúan como si ellos mismos fuesen clientes. Rebuscan entre los artículos, preguntan a los dependientes, se muestran interesados en todas las secciones. Como podéis suponer, se desenvuelven con total y absoluto secreto. Ni siquiera el resto de los empleados –y me refiero a los dependientes, y cajeros, y reponedores, etc.– saben cuál de sus clientes es un mystery shopper.

NOSOTRAS: ¿Por qué? ¿También pueden delatar a sus compañeros?

FAJARDO: Claro que sí. Pero como no se conocen, no puede hablarse de falta de compañerismo. No hay deslealtad. Mirad (se atusa el pelo), es cuestión de justicia. El hurto interno, el de los propios empleados y proveedores, es una lacra que ensucia la buena fama del comercio. Si trabajas en un sitio y ves que tu compañero roba, es mejor que lo digas a un superior, porque si no, tú mismo podrás verte envuelto en la sospecha.

NOSOTRAS: ¿Y qué hay de la cleptomanía? ¿Puede tratarse como si fuese un delito, sin más?

FAJARDO: La cleptomanía no es más que una excusa (suspira). Oh, sí, ya sé que los psicólogos hablan de una patología, de una enfermedad con sus síntomas y sus complicaciones, y de no sé qué más historias (hace un gesto de desprecio con la mano, como si espantase una mosca). Pero la mayoría de los que roban, no tienen nada de enfermos. Solo son unos sinvergüenzas. Y luego están los marroquíes, y los polacos, y toda esa gente, ya sabéis.



NOSOTRAS: ¿Entonces por qué se hurta?

FAJARDO: Pufff... tanto unos como otros, los de fuera y los de dentro, se autojustifican pensando cosas absurdas como «la estructura social es desigual, así que yo voy a cobrarme lo que de verdad me corresponde».

NOSOTRAS: ¿Y hay algo de verdad en ello?

FAJARDO: ¡Por supuesto que no! (se remueve en su asiento; los ojos le brillan como fuego). El hurto es la causa de la quiebra de montones de empresas. ¿Sabéis lo que eso significa? Familias sin trabajo, gente a la calle. Y eso también lo saben los que roban, aunque lo llamen justicia social...

NOSOTRAS: ¿Qué debe hacer el comerciante cuando pesca a un ladrón con las manos en la masa?

FAJARDO: (más tranquilo) Eso depende de la política de cada empresa. Lo normal es que la primera vez se le abra una ficha y se le deje ir. Si hay reincidencia, se lleva a juicio. Pero también depende del importe de lo robado. Como aquí solo trabajamos con artículos de lujo (sonríe), no hay primera oportunidad.

NOSOTRAS: ¿Cómo reacciona el hurtador cuando le pillan?

FAJARDO: Es curioso, porque toda esa panda se comporta luego de la manera más cobarde; tendríais que verlos gemir como perros achantados. Aunque la mayoría reconoce el delito, otros, los que han podido soltar por ahí lo que han robado, suelen montar un gran escándalo y alegan que el guarda de seguridad los persigue y va contra ellos para dejarles en ridículo.

NOSOTRAS: ¿Y no puede ser verdad que alguna vez se equivoquen los vigilantes y registren a alguien inocente?

FAJARDO: No. Nunca (le vuelven a flamear los ojos). Los mis-

tery shopper jamás actúan por intuición. Saben lo que se hacen. Todo el personal con el que contamos está absolutamente preparado para ser infalible. Por si no lo sabéis, dejamos escapar a muchos ladronzuelos porque no estamos del todo seguros. En el fondo, creo que demasiadas atenciones y miramientos tenemos con los mangantes...

NOSOTRAS: ¿Qué piensa del libro *How to steal food in supermarkets*, que está circulando últimamente por internet?

FAJARDO: Que ahora, quien ponga en marcha los trucos que aparecen en ese manual, debe saber que también nosotros los conocemos (en este instante esboza una sonrisa que nos asusta).

NOSOTRAS: ¿Y qué opina de los que roban para comer?

Fajardo se levanta. Murmura algo casi inaudible sobre la *Luxury*, algo sobre que allí no se vende nada para comer. Comprendemos que ya no habrá más preguntas. Fajardo dice que se ha cansado de nosotras, que tiene demasiadas cosas que hacer como para perder el tiempo con un par de estudiantes indocumentadas. Se da la vuelta –su cuerpo tiene algo de rapaz herida, su espalda combada parece albergar toda la agonía de un mundo extenuado– y nosotras nos marchamos a hurtadillas, en silencio y sin mirar atrás.



[v]

La sobriedad del galápagos

*Times tells me what I am. I change and I am the same.
I empty myself of my life and my life remains.*

Mark Strand

— **N***o tienes que creer* lo que digan tus padres. Ni tus her-
manos. Ni nadie de tu familia.

*Julia se limpia las lágrimas con la manga y se sorbe los mocos. La
maestra la conduce con suavidad hacia sus rodillas y hace que se
siente sobre ellas, para poder mecerla.*

— *Eres muy especial, pequeñita -le susurra-. En ti hablan muchas
voces. Aunque no te des cuenta, están ahí. Hazme caso: eres
cauce de un dios.*

Mi pasado es siempre una cuestión para olvidar. Pero doña Rosa-
rio permanece indeleble, como grabada en piedra. Tal vez porque,
salvo ella, nadie me ha hecho nunca mucho caso. He sido siem-
pre un mero apéndice de mi familia, como una ardilla tonta en
medio de los Gass, inteligentes y brillantes, todos sabios. Y des-
pués yo. A veces, cuando nos reunimos, me cuentan anécdotas
que yo también viví; me describen lugares donde yo también
estuve; me enumeran detalles que conozco. *Te hubiese gustado
tratar a Pablo Vera*, dicen, cuando Pablo Vera y yo fuimos com-
pañeros de colegio, pero ellos no lo saben, nunca lo recuerdan. En
realidad, nunca recuerdan que yo también existo.

Julia se arropa hasta la nariz, aunque no tiene frío. Pasan por su cabeza las historias más inadmisibles. Son las voces de otros las que hablan por ella. De aquellos que no están y que murieron de las maneras más horripilantes que uno imaginar pudiera: pasados a navaja, decapitados, lanceados, ahorcados, con un tiro encajado en el cielo de la boca. Según pasan los años, Julia añade a su catálogo de atrocidades nuevas torturas. Sigue creyendo que, si están en su mente, es porque antes alguien las vivió. Ella es el cauce, le había dicho su maestra. Así que ella no debe cerrar esa única puerta que les queda a los maniatados, a los violados, a los atormentados, a los extorsionados. No puede negarse a hablar por ellos, aunque eso suponga vivir aterrorizada cada día y cada noche.

Yo sé que no es gran cosa trabajar en la *Luxury&Trendy*. Pero mi padre piensa que está bien, que para mí ya es suficiente. Estoy segura de que si María o Ana o Simón llegaran un buen día diciendo que cambian sus magníficos empleos por venirse a la *Luxury*, papá se levantarían airado y les preguntaría si acaso quieren arruinar sus carreras. María es diseñadora de moda catalogada como joven talento; Ana, química brillante en una empresa de pesticidas y raticidas; Simón, el genio, poeta melancólico sufragado económicamente por premios y recitales. Cómo comparar. Conmigo es distinto. Para Julia está bien, le dice mi madre por lo bajo. Y yo la oigo y callo.

Cuando su madre se va a llevar a Simón al conservatorio, Julia enciende la tele y mira obnubilada las largas sesiones de videncia. Las brujas parecen saber de lo que hablan. Dan recetas de hechizos, preparan sortilegios, murmuran palabras mágicas y mueven las manos misteriosamente, como si amasaran el aire, con tal seguridad que Julia duda. Luego suena el teléfono y una voz amortiguada por un pañuelo le dice a la pequeña que sucederán cosas

terribles en su casa. Caerán tarántulas del techo hacia su cama, sus padres morirán en la bañera, hordas de zombies invadirán su cuarto. Julia escucha callada, cada día, semana tras semana, y luego cuelga.

Pero me gusta trabajar en la *Luxury*. El uniforme –camisa blanca, falda azul, zapatos marrones de cuatro centímetros de tacón– me ofrece una seguridad reconfortante. Mientras coloco prendas y atiendo a los clientes, el mundo es plano y sin fisuras. Ofrezco justamente lo que la gente desea poseer. Digo aquello que la gente quiere oír. Me muevo como la gente espera que me mueva. Encajo plenamente. Me siento pez cubierto por escamas de plata. Galápagos dentro de su caparazón de hierro. Aquí estoy a salvo.

En cuanto a los tipos que vienen a robar, no me caen bien ni mal. Prefiero no mirarlos. El primer día, Fajardo, el gerente, me explicó el rollo aquel de la pérdida desconocida, el verdadero valor de los productos y la cadena de mercado, y me pidió –con voz melosa– que estuviese muy atenta, OJO AVIZOR, y que avisara enseguida, en cuanto notase algo sospechoso. Luego la chica de Burberry me habló de los SCCPP, una banda de hipohoperos que aseguran minar el sistema capitalista occidental desde el interior de sus propias estructuras, arrasando con todo lo que pillan en su camino. Su novio es uno de los mangantes más admirados del grupo. Hace la ronda con su hermano y entre los dos consiguen cada día un sustancioso botín.



- Muchas veces me trae regalos que ni imaginarias –me dice parpadeando.
- ¿Y qué pasa si desaparece algo de tu sección? –pregunto yo. Ella sacude vigorosamente su cabeza.
- Oh, no, de ningún modo. Ellos saben que no deben venir aquí. Si vuela algo de valor, Fajardo me mata.

Una de aquellas tardes la voz amortiguada le habla de Nerón, el viejo perro de lanas de la familia. Amenaza con envenenarlo y después descuartizarlo. Se llevará la carne más jugosa para zampársela –con salsa de tomate y patatitas, hummm, susurra- pero dejará otros pedazos esparcidos por el patio, para que ella pueda ver cómo es Nerón por dentro. Lo roja que es su sangre. Lo negras que son sus tripas. Lo mal que huele. Julia cuelga en silencio y va en busca de Nerón, que viene hacia ella alborozado. Lo agarra por el lomo y hunde su nariz en el pelaje. Le invade un olor acre y siente miedo.

A mí eso de minar el sistema deseando todo lo que el sistema produce no me parece más que una excusa propia de mentes inmaduras. No entiendo qué remoción supone robar unas Nike en lugar de pagarlas. Mientras sean ambicionadas, las Nike van a seguir existiendo. Los mangantes son más cuentistas que subversivos y por eso no despiertan mis simpatías. Pero aquel chico era diferente. Lo vi llegar y de inmediato me sentí atraída por su aire perdido. Se notaba perfectamente cómo quería centrar su atención y el increíble esfuerzo que le costaba disimular, no delatarse él mismo con sus nervios. Delgado y pálido como un cirio, tenía miedo de mirarme, pero no conseguía evitarlo. Evidentemente, pensé, nunca será uno de los líderes del SCCPP. Agarró demasiado bruscamente la bufanda –buena elección, pero mala estrategia- y se alejó con

ella como un animal herido que huye tras haber escuchado un disparo. Yo me sentía ligeramente divertida, hasta que descubrí, molesta, que no había sido la única en advertirlo. No sé por qué actué como lo hice. El vigilante estaba convencido de que tenía razón –se sienten tan seguros de su trabajo que custodian la *Luxury* como perros en celo–, y aseguraba que lo había visto *perfectamente*, que ni siquiera había tratado de disimular, que vaya caradura. Pero yo insistí con tal convencimiento que al final hubo de marcharse cabizbajo y resentido. Por supuesto, él podía haber actuado por su cuenta, pero bastó con lanzarle una frase absurda acerca de la dignidad y nobleza de mi clientela para que comprendiese que no había nada que hacer allí. Pude haberlo dejado todo así –al fin y al cabo, ya era suficiente triunfo para mí haber vencido a aquel calvoro-ota insípido y sin cejas–, pero no me conformé con mantenerme callada. Tenía que acercarme a aquel pajarillo asustado. Decirle algo. Hacerle ver que estaba a mis expensas. Mostrarle así mi poder infinito.

— ¿Se puede saber qué pretendías? –le pregunté a bocajarro, sin rodeos.

El tipo balbuceó que nada, que nada de lo que parecía, que todo había sido un desgraciado malentendido.

— Qué cobarde. Comprendería que intentases negarlo ante el vigilante, pero conmigo, después del cable que te he echado, ya podías ser un poco más sincero –le repliqué con tanta superioridad que él, como un niño pequeño, me entregó la bufanda con ademán asustado y musitó algo parecido a un agradecimiento.



Algo debí de prever, aunque todavía sin formar un propósito del todo consciente –como una nebulosa de ideas o una bruma sin forma–, para pedirle el teléfono en ese mismo momento. Él me lo dio, casi ilusionado, como si no pudiera ser de otra manera. Y se alejó desmadejado, con paso vacilante, dejándome con el ticket de una cafetería entre las manos, animada y nostálgica a un mismo tiempo.

Nerón viene en sus sueños y ella lo espera con los brazos abiertos. Mientras trota a su encuentro, Nerón va perdiendo pedazos de su cuerpo, que quedan colgados sanguinolentos; jirones de carne y pelo que permanecen flotando en el vacío mientras el animal va convirtiéndose cada vez más en un esbozo sangriento de sí mismo. Cuando llega a su lado, se le han salido los ojos de las cuencas y la lengua está llena de hormigas, ocupadas ya en diseccionar y dar buena cuenta del cadáver. Julia grita y despier-ta, pero ya nadie va a su cama, porque es lo suficientemente mayor como para vencer sus miedos. Eso es al menos lo que le dice María, y lo que piensa Ana, y lo que asiente fervorosamente, desde su atril, Simón. Que la niña tiene mucho cuento, que está fingiendo, que únicamente quiere ser el centro de todo. Que ya no es tan pequeña.

Yo sé que todo puede pensarse en círculos. Porque la vida es circular, es redonda, todos los extremos se anudan los unos con los otros. Únicamente es necesario estar ahí y saber conectarlos, cabo con cabo. Una de las puntas asomó cuando conseguí aquel ticket con el teléfono de Daniel Cruces, el chico pálido de la bufanda. La otra, el día en que Fajardo me llamó a su despacho, un habitáculo excesivamente luminoso donde me recibió, rígido y malhumorado, tras una recia mesa de metal.

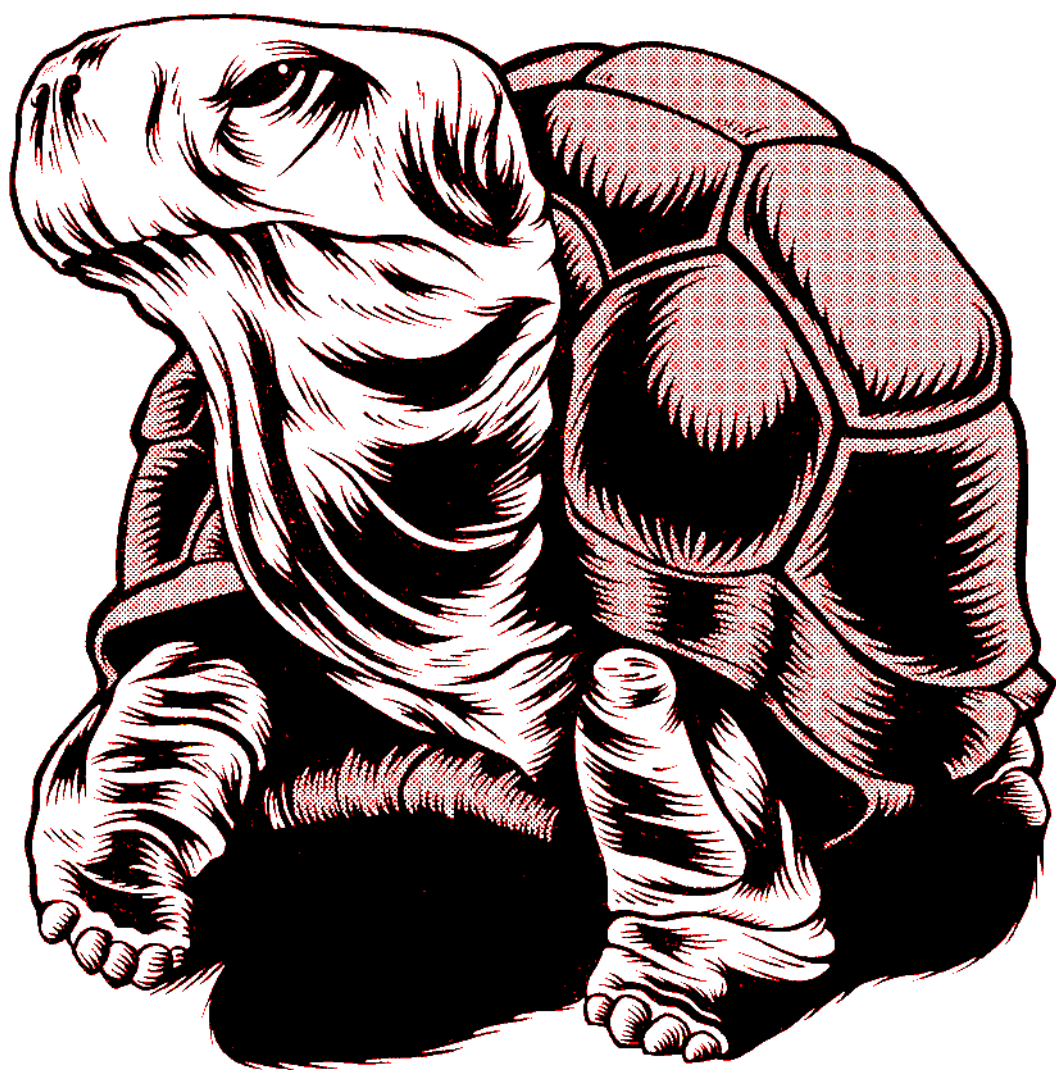
Al parecer, un tipo había robado de mi sección una chaqueta. Las cámaras lo habían localizado aunque al final había conseguido escabullirse y la chaqueta había volado por completo.

- Ya me escamé el día en que Rodero me avisó de que encubriste a un tipo. Pero yo me dije *no, no es posible que Julia esté con ellos* –argumentó Fajardo, las venas muy marcadas en sus sienes.
- Yo no estoy con nadie –contesté-. No sé de qué me habla, Fajardo. Hago mi trabajo lo mejor que puedo, y no siempre es posible estar pendiente de todo el que llega. Nunca he escuchado que se haga responsable al empleado del robo cometido por un extraño. A este tipo, al fin y al cabo, lo grabasteis con la cámara... Teníais que haber actuado vosotros. ¿Qué culpa tengo yo de eso?
- Querida –susurró Fajardo removiéndose en su asiento-, este tipo, como tú lo llamas, no se llevó un CD ni un libro. Birló, mi queridísima, una chaqueta de 700 euros. De tu sección. Ante tus ojos.
- 420 –repliqué-. Estaba rebajada. Fajardo me miró con desprecio.
- No me interrumpas. Digo que ante tus ojos. Tú estabas allí y le dejaste hacer. Como las otras veces. Y ahora, preciosa mía, vas a recoger tus cosas y a largarte enseguida. Habla con un abogado si quieres. Este es el despido más procedente que he visto en mucho tiempo. Así que no tienes nada que hacer.

El galápagos la mira de perfil con un ojo frío e impassible. Su caparazón verde y marrón está cubierto de algas, sucio como de vómito. No hay en él la más mínima señal de bondad, o eso cree Julia. Permanece hipnotizada mirándolo a través del cristal y él la mira a

ella con sobriedad y suficiencia reptil. Julia piensa en Nerón, se pregunta qué le estará pasando en esos mismos momentos en que ella está tan lejos, y el galápagos parpadea malicioso como si respondiera. Doña Rosario se acerca y le tira del brazo. Apresúrate, que te quedas atrás, musita. El resto de los niños corretean por el zoo, con sus risillas guturales y sus mocos, mientras Julia tiembla en una esquina y doña Rosario la observa, distraída y sonriente.

En el Snooker, Daniel Cruces, el chico pálido, parecía desconcertado pero decidido. Bien, me dije, esto es justo lo que necesito. Alguien cuyo estupor no le permita hacerse ninguna pregunta y cuyo arrojo acabe con cualquier atisbo de escrúpulo. Pero también parecía desilusionado. Tuve que reírme para mis adentros. Tal vez el chico había pensado que lo llamé para pasar un agradable rato, para ir al cine o a cenar o algo así –y eso que desde el primer momento le advertí de lo que se trataba: favor por favor, sacrificio por sacrificio–. La venganza tiene los dientes largos y afilados. Atraviesan la carne con precisión de cirujano y horadan el hueso si es preciso. Alcanzar el dolor más agudo es el objetivo final de esa mordida. Pero ha de ser un dolor consciente, racional, que conoce con exactitud su origen y su causa. Fajardo pagaría por mi despido y para mí no habría venganza más terrible que la que estaba urdiendo desde esa misma tarde, en que –una vez hechas todas las averiguaciones pertinentes– me había plantado frente a su casa –un adosado de dos plantas y chimenea y césped con buganvillas y butaquitas de mimbre– y había descubierto, tras la verja, a un hermoso dogo alemán que dormía con placidez su siesta bajo el frío sol del invierno. Estuve contemplando durante un par de minutos su lomo suave y brillante, de espeso pelo azulado, que se alzaba y bajaba con el ritmo tranquilo del que se sabe inocente e incluso desconoce toda noción de culpa.



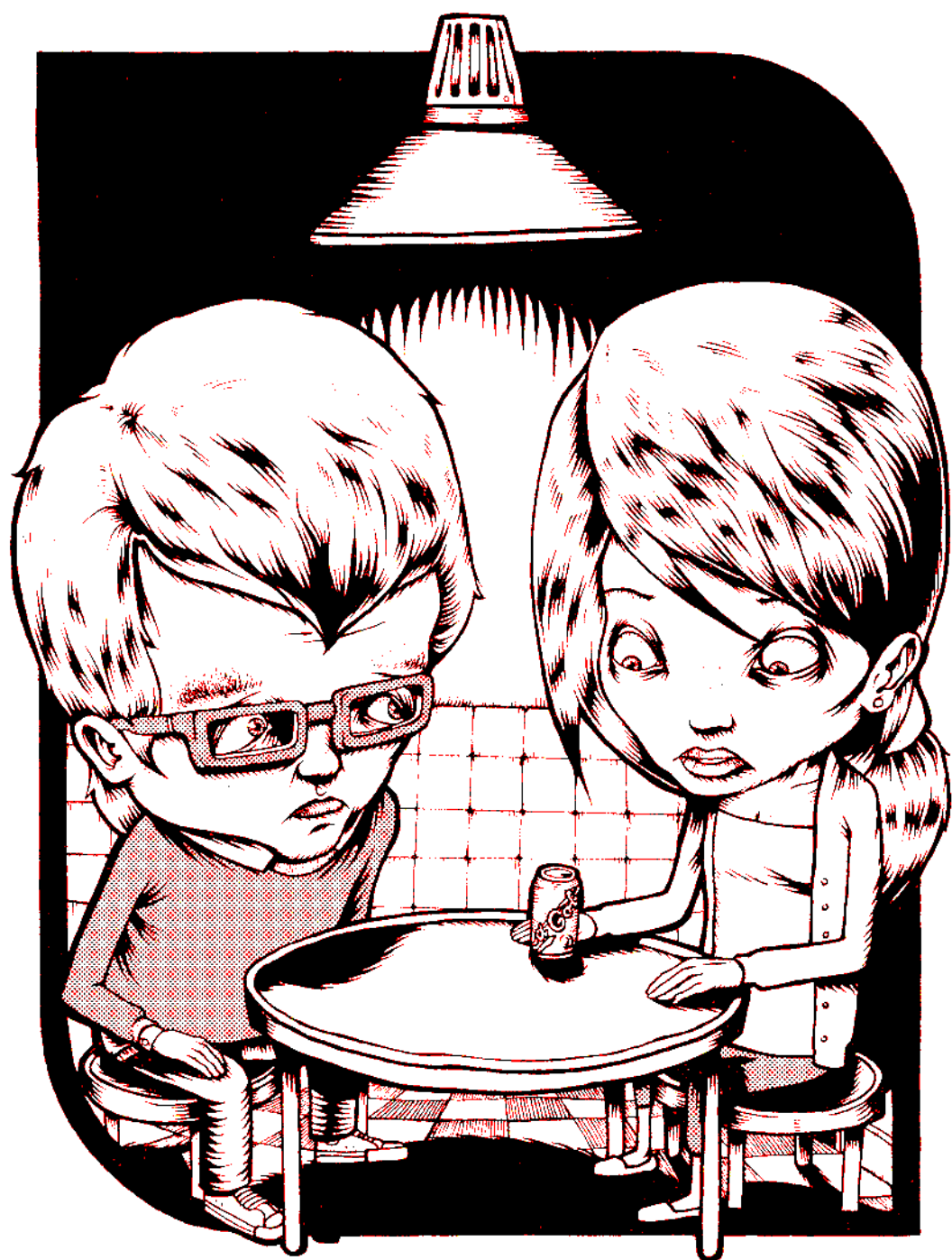
Le dije a Daniel Cruces que no me conformaría con una explicación de los hechos; necesitaría pruebas creíbles. Hay mil maneras de matar y descuartizar a un animal, le dije, *hazlo de la peor posible*. No más tarde de aquella misma noche, insistí. Le entregué un pedazo de carne envenenada –*regalo* de mi hermana Ana, que, sin saberlo, me había dejado una buena cantidad de raticida, una dosis capaz incluso de acabar con una vaca– y le expliqué que, una vez fuera de peligro –y daba igual que el dogo muriese en seguida o agonizara o simplemente cayese aletargado– podría saltar la verja y cuarteear al animal con toda la saña que quisiera. Y que enviase fotos.

— Sabes que si te hubiesen pillado con aquella bufanda, la broma te habría salido cara. Lo sabes, ¿no?

El chico asintió.

— Sabes entonces que lo que te estoy pidiendo no es más que una cuestión de justicia, nada que no te corresponda hacer. Esto no es un favor: es tu obligación, es tu deber. ¿Estás o no de acuerdo?

Daniel volvió a afirmar y se levantó de un golpe, tambaleándose ligeramente. Me miró con ojos encendidos, ardorosos, inflamados. Yo supe que no era indiferente para él y sonreí. Le hice repetir el plan punto por punto. Después salió despacio, las manos en los bolsillos de su cazadora, el cuello alzado. Yo permanecí allí un poco más, escuchando de fondo el batir de la bolera, las risas de unas chicas que tarareaban –desafinadamente– una canción de moda, la máquina de café que espumaba leche a cada rato. Luego saqué del bolso el ticket con el teléfono de Daniel, hice con él una bola apretada, la coloqué entre mi dedo corazón y el pulgar y la arrojé a lo lejos, dispa-



rada. El ticket rebotó por el suelo hasta caer debajo de la silla de un tipo grasiento y solitario, que comía su hamburguesa sin alzar la cabeza del plato. Allí quedó, tan olvidado y triste como yo, tan indiferente y sobrio como el galápago aquel de hacía tantos años.



[VI]

Entomofagia

En Phoenix, Arizona, un grupo de estudiantes se emborracha en una fiesta improvisada en casa de uno de ellos. Se han bebido las tres botellas de whisky que los padres del anfitrión tenían reservadas en lo alto de un aparador de molduras recargadas, estilo *chippendale*. Ahora mezclan el ron que les queda con refrescos de cola y fuman marihuana tumbados en cojines en el suelo. Joanna Cobo, de pelo negrísimo y ojos rasgados, vuelca el contenido de su bolso sobre la mesa y rebusca con manos nerviosas, entre risas.

— Vais a alucinar, chicos. No sé cómo no os he enseñado esto antes –anticipa–. Lo compré para mi hermana pequeña, la muy golosa, pero creo que me lo voy a comer yo ahora mismito.

Aparta a un lado el teléfono móvil, un colgante en el que va prendido un bote de *gloss*, una cartera de charol rojo, dos paquetes de *kleenex*, algunos papelotes, y al final entresaca una bolsa de plástico llena de gominolas de colores.

— Guau, qué ricas –dice riendo una chica pelirroja y delgada, con los pies extendidos encima de la mesa, sin zapatos.
— Espera, espera que veas esto... –Joanna Cobo abre la bolsa y selecciona una figura verdosa, enorme. La sostiene en lo

alto para que todos la contemplen. Es una golosina gigantesca, transparente, con la forma exacta de una mantis.

— Dios, qué asco... -exclaman varias voces a la vez.

Los chicos se pasan unos a otros la mantis de juguete y le estiran las patas y las antenas. Hay una ebriedad deformante en el ambiente que lo convierte todo en lógico y caricaturesco a un mismo tiempo. Entonces Joanna tiene una idea brillante.

— Grabadme mientras me la como. Luego colgamos el vídeo en internet y decimos que es una mantis de verdad.

Todo el mundo jalea a Joanna mientras actúa. Ella sabe bien cómo hacerlo. Lleva dos años estudiando en la Escuela de Arte Dramático y cuenta con no poca predisposición natural al fingimiento. Con todo, graban la escena tres veces. En la última, Joanna sonríe y se contonea sensualmente mientras enreda la mantis entre sus dedos, le va arrancando las patas y después se la zampa en tres bocados, sin contemplaciones. La maneja con tal desparpajo que parece una mantis real, viva, que se meneara de verdad, desesperada y furiosa, entre las manos de la chica.

Es la misma Joanna la que se encarga luego de colocar el vídeo en internet. Mientras maneja el ordenador, un chico le besa la nuca con aliento alcohólico, y ella se deja hacer. Casi habla sola cuando propone a sus amigos una historia de fondo que explique el sentido de la escena.

— Voy a poner que me comí la mantis para obligaros a venir a misa conmigo. ¿Qué os parece?

Pero ya nadie le contesta.



Veintidós días más tarde, a 8.995,3 kilómetros de distancia, Daniel Cruces, un enamorado solitario y triste que vierte todas sus mustias esperanzas sobre una mantis encerrada en un bote de cristal, contempla el vídeo de Joanna una y otra vez, atraído y asqueado a un mismo tiempo. Mira a su propia mantis a través del cristal y vuelve a la pantalla, hipnotizado. La noche cubre como un pesado manto frío toda la escena. Un halo de desaliento se extiende por la tierra, un círculo que nace de la risa nerviosa y embriagada de Joanna Cobo y desemboca en los ojos pálidos de Daniel Cruces.

Hemos de suponer que todo vuelve a empezar de nuevo. Lo que aún queda por dilucidar es si, una vez más, todo será lo mismo.



